
NOSOTROS, LOS MARCIANOS
VAN S. SMITH
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



VAN S. SMITH

NOSOTROS
LOS MARCIANOS

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal. V. 957 - 1959
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO I

Si nos remontamos a los orígenes de la aventura, ésta debió comenzar para mí en Doab, el día que recibí la real orden de tomar el mando de la ictionave YL-Y26 para volar 60 millones de kilómetros a través del espacio hasta el Tercer Planeta.

Sin embargo, la aventura no me pertenece a mí solo, ni fue posiblemente tan extraordinaria para mí, como para otros que involuntariamente tomaron parte en ella.

Por lo tanto, si paso por alto los sobresaltos del viaje, la nueva y jamás sentida emoción que me produjo nuestra arribada a la Tierra, y la inquietud de aquellos dos días de impaciente espera, pegados como lapas al fondo del mar ante la costa de Florida, habré de comenzar el relato alrededor de las 08,30 p.m. del 6 de mayo último del calendario terrícola.

Aproximadamente a esta hora, el coronel Curio llamó por la radio desde tierra firme y anunció:

-El profesor acaba de telefonear desde Cabo Cañaveral disculpándose ante la señora Dilmeyer por tener que retrasar su llegada otras veinticuatro horas. El profesor rogó a la señora Dilmeyer que no le esperaran más y se hicieran a la mar sin él, pero la mujer insistió en aguardar hasta que el

profesor pueda venir.

-¿Entonces, vendrá?

-Espero que no surjan nuevos contratiempos que impidan al profesor reunirse con sus amigos.

La perspectiva de tener que aguardar otras veinticuatro horas encerrado en nuestra pequeña ictionave, no era muy atractiva para mí.

Nos hallábamos sumergidos a una milla escasa de la costa, medio sepultados en la arena del fondo para escapar a la inspección de los aeroplanos que constantemente volaban sobre el litoral, en aguas poco profundas, para permitir la inmersión de los submarinos americanos que patrullan por las proximidades de Cabo Cañaveral.

A intervalos regulares, siempre que nuestros instrumentos de detección nos indicaban que no había aeroplanos demasiado cerca, yo había estado echando miradas por el periscopio a las hermosas mujeres que en traje de baño se exhibían sobre los balandros y patines que navegaban cerca de nosotros.

Lo que veíamos por el periscopio era un tormento para todos nosotros, y no digamos si lo sería para un joven de 25 años que por primera vez venía al Tercer Planeta.

No me refiero, entendámonos, a las medio desnudas mujeres que desfilaban ante mis voraces ojos encaramadas en aquellas ligeras y elegantes embarcaciones. También en Marte tenemos hermosas mujeres, no vayan a creer.

Lo que no tenemos en Marte y ponía en ebullición mi sangre de marciano, era aquel cielo azul surcado de nubes por el que volaban gaviotas y aeroplanos... aquel inmenso mar que yo no me cansaba de admirar... aquella tierra fragante, abrumada de vegetación, que aun sin ver presentía cerca...

Éstas eran las cosas de que carecíamos en nuestro antiquísimo y agotado planeta; aquéllas por las que habíamos suspirado durante milenios, y para conseguir las cuales habíamos sometido a nuestro pueblo a un entrenamiento de siglos que acabó por transformar nuestra vieja raza en una raza enteramente nueva, tan idéntica a la terrestre, que hoy le era posible a un marciano como yo saltar a tierra y mezclarse entre los terrícolas sin ser notado.

-Óigame bien, Curio -dije inclinándome hacia el micrófono-. Voy a desembarcar apenas oscurezca. Espéreme junto a la carretera de la playa... y tráigame ropas adecuadas.

Cerré la radio para no escuchar los gritos y protestas del coronel, cené apresuradamente con los demás hombres de la tripulación y me preparé para saltar a tierra.

Curio me estaba esperando con un automóvil en la cinta de asfalto que

corre sobre el extenso banco de arena que hay delante de West Palm Beach, el cual forma ese largo y estrecho canal que los americanos llaman Lake Worth, aunque no se trate propiamente de un lago.

-Con todos los respetos, príncipe Yago. Esto que estáis haciendo es una temeridad... una imprudencia. ¿Pensáis en cuál sería mi responsabilidad ante vuestro padre si llegara a ocurriros algo? -estalló el coronel apenas hube puesto pie en tierra.

Yo, sin contestar, me desprendí de la silla voladora que había utilizado para salvar la distancia que mediaba entre nuestra ictionave y la playa, y la tendí al astronauta que me había acompañado. El aire venía de tierra firme cargado del enervante efluvio de las flores y lo aspiré con fruición cerrando los ojos.

-Yago. ¿Me estáis escuchando?

-Le oigo, si es eso lo que quiere decir.

-Tenéis que volver a bordo, príncipe. En modo alguno puedo consentir que os expongáis a un riesgo inútil.

-Dígame, coronel. ¿Cómo podrá evitarlo? -contesté.

Los ojos de Curio brillaban furiosos en la oscuridad de la noche.

-Está bien -dijo-. Es cierto, no puedo evitarlo. Sin embargo, me descargo de toda la responsabilidad por lo que pudiera ocurriros.

-Vuelve a bordo, Dore -dije volviéndome hacia el astronauta que me había acompañado y estaba haciendo esfuerzos para no reír. Dore me saludó y salió volando a ras de las olas. Miré a Curio-. No sea pusilánime, coronel. ¿Qué puede haber de malo en que duerma en el hotel y me ponga un bañador y me tumbe en la playa a tomar el sol? ¿No lleva usted meses en la Tierra yendo de un lado para otro sin que le hayan descubierto todavía? ¿Qué diferencia hay entre yo y cualquiera de los turistas de West Palm Beach?

-La diferencia estriba en que todos esos turistas llevan en regla sus papeles. Si a vos os ocurriera algo... cualquier percance que atrajera a la policía y os obligara a establecer vuestra identidad... ¿qué diríais?

-Eso me colocaría en un compromiso, pero en modo alguno iba a significar que me fueran a ahorcar. ¿Ha traído usted la ropa?

Curio me llevó refunfuñando hasta su automóvil. La ropa estaba en una gran maleta de cuero que tenía pegado gran número de multicolores etiquetas.

Me cambié de ropas dentro del coche. Cuando volví a aparecer ante Curio me había transformado en un turista americano cualquiera. Vestía un pantalón largo azul marino, una de aquellas camisas holgadas a colorines a que tan aficionados eran los americanos, una americana blanca cruzada y un sombrero de paja color “beige”.

-¿Qué tal? ¿Estoy bien?

-Vamos -refunfuñó Curio abriendo la portezuela del auto.

Me acomodé en el asiento delantero junto a Curio. Éste empuñó el volante y nos pusimos en marcha. La máquina terrestre apestaba horriblemente a gasolina, pero resultó mucho más cómoda que lo que yo esperaba.

Pasando por el puente que une el banco de arena con las modernas edificaciones de la ciudad, viendo a los americanos que bailaban y tomaban refrescos en las terrazas entre grandes macetas de palmeras, sentí envidia de aquella gente y murmuré:

-No cabe duda. Los terrestres saben vivir bien.

-No todos viven así -me contestó Curio, atento a los intermitentes rojos del coche que iba delante-. Hay millones de seres en este mundo que pasan frío y hambre mientras estos americanos se divierten. Hay gente así incluso en este mismo país, y los hay que viven todavía peor en otras regiones más atrasadas de este mismo planeta.

Yo sabía todo esto. Y, sin embargo, la miseria de una gran proporción de la población terrícola era fácil de olvidar en el ambiente grato y amable de esta ciudad de ricos. En West Palm Beach todo parecía nuevo, recién edificado, recién pintado, o recién construido.

No encontré dificultades para conseguir una habitación en el hotel Ruskin sino, antes bien, todo lo contrario.

Dar facilidades a todo el mundo debía ser la consigna de los atentos empleados de aquel establecimiento. Firmé con el falso nombre de John Paiton en el libro registro, y eso fue todo.

Curio me siguió hasta mi habitación.

-He de seguir espiando a la señora Dilmeyer y sus invitados -me dijo-: ¿Podré irme tranquilo de que no vais a cometer ningún disparate más esta noche?

-¿A qué llamaría usted un disparate, coronel?

-Pues a bajar hasta el bar y poneros a beber alcohol hasta emborracharos, por ejemplo. Eso podría ser uno de los múltiples disparates que no me gustaría que cometierais.

Discutimos, y acordamos finalmente que yo acompañaría a Curio a la terraza donde los huéspedes del Ruskin estaban bailando. De esta manera podríamos combinar la obligación con un poco de diversión.

Bajamos pues al jardín. Allí, los hombres vestían todos chaquetas blancas, y las mujeres descotados y vaporosos vestidos que frecuentemente dejaban al descubierto toda la espalda. Se estaba bien allí, teniendo a un lado la masa fragante verde-oscura de la vegetación del jardín, y sobre la cabeza las estrellas parpadeantes y diminutas.

-Mirad hacia aquella mesa -me señaló Curio con los ojos-. Aquella mujer rubia del traje azul es la señora Dilmeyer. Ese tipo alto y delgado que

está con ella, el de las gafas con montura de oro, es el profesor Waksman.

Miré en la dirección que indicaba Curio.

No muy lejos de la nuestra había una mesa ocupada por cuatro comensales, dos de los cuales eran mujeres, y hombres los otros dos.

Waksman estaba de espaldas a la pista y de cara a nosotros. Un tipo corpulento, sentado frente al profesor, nos daba sus anchas espaldas y su rizada nuca de cabellos rojizos.

Para tratarse de una viuda, la señora Dilmeyer resultó mucho más joven y bonita de lo que uno podía esperar. Era rubia, más bien pequeña, poseída de una vitalidad extraordinaria. Su voz aguda llegaba hasta nosotros en forma de un gorjeo ininteligible e ininterrumpido, a menudo irisado del sonido de su cascabeleante risa.

Con todo, no fue en la señora Dilmeyer en quien mis ojos se posaron con más insistencia, sino en la otra mujer que completaba el cuarteto. Ésta era una soberbia morena de grandes y rasgados ojos, cuyo perfil podía ver yo desde nuestra mesa.

-¿Quién es esa guapa chica del vestido rojo? -pregunté.

-¿La morena? Se llama Perla Haynes. Creo que escribe novelas o algo parecido. *Miss* Haynes llegó ayer para reunirse con el grupo de la señora Dilmeyer.

-¡Cómo! ¿Esa chica va a embarcarse también en el “Charlotte”?

-Es una invitada de la señora Dilmeyer.

Algo que dijo el atleta del cabello rojizo hizo reír en este momento a *miss* Pearl Haynes.

Como presunta víctima nuestra que estaba llamada a ser, me fijé mejor en la muchacha. El pelirrojo se levantó y la invitó a bailar. Al ponerse ella en pie vi que era alta, de arrogante apostura, turbadora y arrebatadoramente proporcionada.

La seguí con los ojos por entre las parejas que giraban en la pista de baile. La vi a intervalos charlar y reír con el mocetón pelirrojo que la llevaba en brazos. Parecía feliz y me abrumó el pensamiento del daño que, sin desearlo, la habría de causar yo si ella no desistía de emprender aquel crucero de recreo en compañía de la señora Dilmeyer y el profesor Bloxmar.

La pieza bailable terminó y la señorita Haynes regresó a su mesa acompañada del pelirrojo. Casualmente, sus ojos se detuvieron un instante sobre mi persona.

No fue sino una mirada indiferente, puramente fortuita, pero me animó a hacer algo que había estado meditando mientras ella bailaba.

Me puse en pie.

-¡Eh! ¿Adónde vais? -preguntó el coronel con alarma.

-Voy a intentar bailar con la señorita Haynes.

-¿Para qué? Dejadla en paz y no os metáis en líos. Además, no sabéis bailar.

-Aprenderé.

Curio, de pie, me vio marchar con mirada ominosa.

Llegué hasta la mesa de la señora Dilmeyer por detrás del atleta pelirrojo e hice una inclinación ante los asombrados ojos de la señora Haynes.

-Con perdón -dije a los demás ocupantes de la mega- ¿Me hará usted el honor de bailar conmigo, *miss* Haynes?

-Nunca bailo con desconocidos -repuso la joven displicentemente. Y miró a sus amigos como dándome a entender que debía marcharme.

-Mi nombre es John Paiton.

-Sigue siendo un desconocido para mí, señor Paiton.

-Aun así... -empecé insistiendo.

Súbitamente, el pelirrojo echó atrás su silla y se puso en pie violentamente.

-¿Es usted idiota, o qué? -me espetó en la cara-. ¡Lárguese y deje de molestar!

El hombre era joven, tenía una cara ancha salpicada de pecas y una boca de trazos duros, más bien brutales. Sus doradas pupilas me miraban insolentemente, retadoras y amenazantes. Parecía dispuesto a darme un puñetazo en la nariz si no me iba, y sentí por un instante la picazón de hacerle morder el polvo con su jactancia y todo.

Providencialmente, Curio llegó en este instante y me puso su mano en el brazo.

-Venga usted, Paiton. Perdonen a mi amigo -añadió saludando a los inmóviles y embarazados ocupantes de la mesa.

Me llevó de un vigoroso empujón. La gente nos miraba y me sentí enrojecer.

Curio no se contentó con apartarme de la mesa, sino que me sacó de la terraza y me llevó a trompicones hasta mi propia habitación. No opuse mucha resistencia, ésta es la verdad. El desdén de la señorita Haynes y el altercado con su acompañante habían echado a perder mi animación de aquella noche. Además, era tarde y quería madrugar a la mañana siguiente.

Acepté sin rechistar la regañina del coronel Curio y me metí en la cama.

Pero por más que lo intentaba no podía conciliar el sueño. Demasiadas cosas excitantes gravitaban sobre mí. Utilicé el teléfono para llamar a la consejería pidiendo que me subieran cualquier cosa que leer.

-¿Qué género le gusta más? -me preguntó el amable empleado que atendió a mi llamada.

-Cualquier cosa -insistí-. Me es indiferente.

-Tenemos aquí la última novela de Pearl Haynes; “Y llegaron los marcianos”. Solamente hoy hemos vendido más de veinte volúmenes a los huéspedes de este hotel. La señorita Haynes es huésped de esta casa y fue muy amable dedicando los libros a sus admiradores.

-Está bien. Tráiganme esa novela de la señorita Haynes. A lo mejor me gusta y voy a pedirle que me la dedique también.

El libro de *miss* Pearl Haynes resultó un estupendo somnífero para este auténtico marciano.

CAPÍTULO II

Repetidas veces, allá en Marte, me había preguntado a la vista de los profundos cambios operados en nuestro pueblo por aquel interminable y duro ejercicio de adaptación al ambiente, si era en verdad necesario, fatalmente ineludible, que un día tuviéramos que dejarnos caer sobre la Tierra como plaga de andrajosos sobre las migajas del banquete que abandona el rico.

Cuando de nuevo me hice esta pregunta aquella mañana, mientras descansaba del violento ejercicio tumbado en la arena de la playa, yo entreveía en sueños lo que podría ser nuestra existencia transportada a este planeta, y propiamente veía en la imaginación muchos cientos de ciudades como West Palm Beach, donde los hombres y las mujeres marcianas podrían exponer su piel al sol, marchar libremente por la playa, y gozar en la práctica de estos estupendos deportes acuáticos que a mí me habían rendido por nuevos y desacostumbrados.

La invasión de cierto territorio de la Tierra, vista como yo la veía esta mañana, era vital para nosotros, los marcianos, y sin duda había de favorecer a los propios terrícolas al ayudar a éstos a conseguir un mayor y más equitativo nivel de vida.

Por todo lo dicho, se habrá comprendido que yo no era un marciano completamente normal aquella mañana.

Era cierto, sí. Aquella superabundancia de oxígeno y yodo, la contemplación del mar y el cielo azul y acaso un exceso de radiaciones ultravioletas del sol sobre mi cabeza, me habían producido una especie de embriaguez en donde todo lo veía color de rosa.

Es posible que hubiera acabado por tomar una insolación y ponerme a lanzar gritos, si no hubiera ocurrido algo que terminó con la placidez de aquella mañana a la vez que me hizo ver las cosas bajo un aspecto más sombrío.

Alrededor de las doce empezaron a formarse negros nubarrones, que finalmente cubrieron todo el cielo y ocultaron el sol. El mar se encrespó, obligando a retirarse canoas y balandros, retumbó el trueno y huyeron los bañistas dejando desierta la playa.

Solamente yo permanecí donde estaba, insensible al frío viento, extasiado en la contemplación de un fenómeno meteorológico que era enteramente nuevo para mí, habitante de un moribundo planeta donde todo el vapor de agua de su rarificada atmósfera apenas bastaba para formar unos centímetros de nieve en los casquetes polares.

La lluvia cayó sobre mi cabeza y resbaló sobre mi desnuda y aterida piel durante largo rato, hasta que un estornudo me advirtió que me estaba constipando y me impulsó a correr hacia la caseta de baño.

Regresé al hotel para almorzar con hambre lobuna, y no habiendo visto por allí al coronel Curio subí a mi habitación para descansar.

Para entonces ya había dejado de llover, pero la tarde seguía sombría y fría. Pensé en salir a dar un paseo en automóvil, pero no estando allí Curio para consultarlo con él, y pendientes como estábamos del regreso del profesor Bloxmar, no quise arriesgarme y me quedé en la habitación.

Como recurso contra el tedio reanudé la lectura del libro de *miss* Haynes. Lo terminé de leer y llamé por teléfono a la conserjería inquiriendo el número de la habitación de la señorita Haynes.

Con los datos obtenidos y el libro bajo el brazo, me encaminé hacia el cuarto de la señorita Haynes y llamé con los nudillos.

La propia Pearl Haynes salió a abrirme. Vestía pantalones largos masculinos y un ajustado *sweater* blanco que contribuía a destacar la firmeza de su joven busto. Por supuesto, me reconoció.

-¿Qué quiere usted? -me preguntó entornando ligeramente la puerta, como para ponerse a salvo de alguna imaginaria agresión.

Le mostré el libro.

-Acabo de leer su novela. ¿Querría dedicarme el volumen de su puño y letra?

La expresión desconfiada de la muchacha se dulcificó un poco.

-Está bien, entre -dijo abriendo por completo la puerta.

Entré y miré a mi alrededor. Sobre la cama vi una maleta abierta. Había varias prendas de ropa esparcidas por las sillas de la habitación. Todos los indicios señalaban que *miss* Haynes se preparaba para embarcar en el yate de la señora Dilmeyer. Esto trajo a mi imaginación los muchos sinsabores a que la muchacha se exponía si tomaba parte en el crucero, y de nuevo me pregunté si habría alguna forma de hacerla desistir de este viaje.

Ella tomó el libro y se sentó en un diván.

-¿Su nombre? -yo vacilé y ella me miró arqueando una ceja-. ¿Su nombre, por favor?

-Yago. Príncipe Yago -dije cediendo a un repentino e irreprimible impulso.

-¿Cómo dijo?

-Príncipe Yago.

Los grandes ojos de la señorita Haynes me contemplaban severamente.

-¿Quiere decir que es usted... un príncipe de verdad?

-Lo soy, seguro -repuse riendo al pensar en los 500.000 años, en números redondos, del origen de mi dinastía.

-Habla usted el inglés con cierto acento extranjero. ¿De qué país procede? -interrogó la señorita Haynes observándome con gravedad.

-Excúseme si no puedo responder a esa pregunta. Estoy aquí de riguroso incógnito.

-¿No me está tomando el pelo?

-¡Oh, no! -protesté sin poder aguantar mi risa.

-Anoche se presentó usted con otro nombre. ¿No era Paiton o algo así?

-Sí, John Paiton. Pero ése era un nombre falso.

-¡Ya! -ella asintió con la cabeza, abrió el libro sobre sus rodillas y se puso a escribir-. ¿Le gustó la novela?

-Me ha divertido mucho.

Miss Haynes levantó sus amenazadoras pupilas hasta mi rostro.

-¿Qué es lo que le ha divertido tanto, señor... príncipe?

-Su extraordinaria capacidad para imaginar disparates -repuse con esforzada sinceridad.

-¿Así que mi novela... le ha parecido un disparate?

-Del principio al fin, señorita Haynes. A excepción de algunos datos aproximados sobre temperatura y configuración de Marte, no... ¿Cómo dicen ustedes? ¡Ah, sí! No ha dado usted una en el clavo.

-¡Insolente! -rugió la señorita Haynes poniéndose en pie-. ¿Ha tenido la guasa de venir expresamente a decirme en mi propia cara que la novela es una birria?

-Es bastante birria, señorita Haynes -repuse amoscado.

-Apuesto a que usted la hubiera escrito mejor.

-Tratándose de cosas relacionadas con Marte y los marcianos, sí, señorita Haynes.

Las negras pupilas de la escritora despedían llamas al decir:

-¡Escuche usted, grandísimo majadero! Sepa que esta novela: "Y llegaron los marcianos", ha sido recientemente llevada a la pantalla mereciendo la más calurosa acogida de parte de la crítica y el público. Trescientos mil volúmenes se han vendido en solamente dos meses, batiendo con ello el récord de la mayor tirada del presente año, y otras cuatro ediciones se están preparando traducidas al español, francés, alemán y portugués. He recibido miles de cartas de admiradores felicitándome por mi novela... ¡y usted viene a decirme ahora que es una BIRRIA!

-No era mi propósito decírselo, señorita Haynes. Fue usted quien me puso la palabra en la boca -apunté sintiéndome intimidado ante las abrumadoras cifras que manejaba la escritora.

-¡Usted dijo que le había divertido mi novela! -chilló la joven.

-Y es cierto, me ha divertido. Sobre todo, por la forma de pulpo que usted ha dado a los pobres marcianos. ¿De dónde ha sacado que los marcianos tengan apariencia de pulpos?

-¿Y quién le califica a usted para asegurar que los marcianos sean de ésta u otra manera, grandísimo majadero? -rugió la muchacha avasallándome con sus grandes ojos-. ¡Nadie sabe cómo son! ¡Nadie los ha visto! ¡Y puedo apostar a que ni siquiera existen!

-Existen -refunfuñé retrocediendo ante la furiosa mujer-. Y puedo imaginar lo poco que va a agradarles que alguien los haya llamado pulpos. ¡Vaya, pulpos! ¿Le gustaría a usted que la llamasen jirafa u otra cosa parecida?

-¡Salga de aquí inmediatamente! ¡Grosero! ¡Mal educado! ¡Insolente! ¡Fuera antes que llame al detective del hotel y le haga detener por sus insultos!

La trémula mano de la señorita Haynes señalaba a la puerta que había quedado abierta, y el temor de que el detective viniera atraído por los gritos de aquella loca puso alas a mis pies. Salí corriendo, aunque no tan aprisa para que no me alcanzara en la nuca el libro que ella me tiró con fuerza y envidiable puntería sin dejar de rugir:

-¡Insolente! ¡Majadero! ¡Mal educado...!

La puerta se cerró con estruendo a mis espaldas y yo me quedé, como escribiría *miss* Haynes, "rojo hasta la raíz de mis rubios cabellos", bajo la fija mirada de unos cuantos huéspedes y un par de camareros que se habían detenido a contemplarme.

Recogí apresuradamente del suelo el libro causante de aquel alboroto y volví a mi habitación.

El coronel Curio me estaba esperando.

-¿Dónde demonios os habéis metido? Iba a salir ya en vuestra busca. Nuestro hombre acaba de llegar.

-¿Se refiere al...?

-Sí.

-¿Dónde está ahora?

-Fue a presentar sus respetos a la señora Dilmeyer. ¿Os dais cuenta? El "Charlotte" se hará a la mar antes del anochecer, y vos no podréis perseguirlo por encontraros en tierra. Habremos de comunicar con la ictionave dando instrucciones a vuestro segundo oficial para que inicie la persecución sin esperaros a que estéis a bordo. De lo contrario nos exponemos a perder la pista del barco en la oscuridad y tener que prolongar excesivamente la búsqueda en alta mar.

Curio me contemplaba con ojos severos. Pudo haber añadido: "ya os dije que no debíais venir a tierra", pero no lo dijo.

Yo tenía en las manos el libro de *miss* Haynes, y al abrirlo distraídamente me encontré con la dedicatoria que su autora había escrito para mí: "Dedicado al señor John Paiton. Afectuosamente Pearl Haynes."

¿De manera que ella no me había creído cuando le dije que yo era el príncipe Yago?

Reí por lo bajo. Curio preguntó:

-¿De qué os reís? ¿Os parece muy divertido que vuestra ictionave tenga que cumplir esta misión sin encontraros vos a bordo?

-No nos excitemos, coronel. No hay verdadera necesidad de poner el grito en el cielo porque ese yate vaya a hacerse a la mar antes que yo esté en condiciones de perseguirlo. No se habrá alejado mucho de la costa para cuando haya oscurecido y yo pueda regresar a bordo. Y aun si hubiera recorrido mil millas en tan poco tiempo, sería lo mismo. Yo lo encontraría de todas formas.

-Me gusta vuestro optimismo, príncipe Yago. ¿Pero no será más seguro que hablemos con vuestro segundo ordenándole emprender la cacería?

-No -repuse. Y creo que esta vez lo hice con seco y tajante acento que impresionó al coronel-: Mi nave no se moverá hasta en tanto yo no me encuentre a bordo. Quiero ser yo personalmente quien cobre la presa, ¿lo ha comprendido?

Curio me miró gravemente y luego levantó los hombros.

-Mi misión, en lo que a este asunto se refiere, termina en el momento que el profesor ponga sus pies sobre la cubierta del “Charlotte”. El resto corre por cuenta vuestra. Haced lo que queráis.

El coronel parecía ofendido y malhumorado.

-Vamos -le dije pegándole un golpecito en el hombro-. Vamos a presenciar la salida del yate desde el muelle.

* * *

Estábamos sentados bajo el listado toldo de un bar. Yo probaba a encontrarle buen sabor a cierto infernal brebaje que acababan de servirnos, cuando llegaron y se detuvieron a corta distancia de nosotros un par de automóviles de los que se apearon la señora Dilmeyer y sus invitados.

Conociendo ya a la señorita Haynes y al profesor Waksman, paré mi atención en el profesor Bloxmar.

Era éste un hombre de mediana edad, más bien regordete, de cabellos rubios tirando a pajizos, carente en absoluto de ese sello especial que yo esperaba encontrar en un hombre de su calificación científica.

Dos marineros del yate vinieron por el muelle para hacerse cargo del equipaje.

Mistress Dilmeyer, vistiendo pantalón blanco y sweater azul oscuro de *yatchman*, llevó al grupo en dirección al barco, dando en todo momento muestras de extraordinaria animación.

-Me pregunto -dije empleando nuestro idioma- por qué habrá invitado esa loca a un viaje de recreo a dos sabios de la categoría de Waksman y Bloxmar.

Curio rió suavemente por lo bajo.

-*Mistress* Dilmeyer es una apasionada de los viajes interplanetarios y todo cuanto se relaciona con la posible habitabilidad de otros mundos. Se inició en su afición leyendo historias fantásticas, y es actualmente la

presidenta de una de esas sociedades particulares donde un montón de gente seria se reúne para hablar de los futuros viajes interplanetarios y chamuscarse las cejas disparando cohetes de fabricación casera.

-¡Vaya! -exclamé. E imagino que mis ojos debieron chispear con toda la malicia que llevaba dentro-. Siendo así, al menos la señora Dilmeyer va a disfrutar con la sorpresa que le hemos preparado.

-La señora Dilmeyer -prosiguió Curio-, es una admiradora de las novelas fantásticas de la señorita Haynes. De manera que al planear este crucero por mar, se propuso reunir en su yate a las tres personas que ella más admira; una escritora de relatos interplanetarios, un sabio investigador de las posibilidades de vida en otros mundos... y un científico que ha descubierto algo que promete llevar al terrícola a la Luna en fecha próxima.

Mientras Curio hablaba, dos tipos que vestían trajes demasiado calurosos para el clima de Florida llegaron y tomaron una mesa no muy lejos de la nuestra.

-Policías -murmuró Curio-. Ésos llegaron esta tarde acompañando al profesor.

Permanecimos un rato más allí para no despertar sospechas. Luego nos levantamos, pagamos lo que habíamos consumido y nos alejamos por el paseo de palmeras que discurre a lo largo de la playa.

Tomamos asiento en otro bar. Poco después, el “Charlotte” largó amarras, navegó a lo largo de la playa en busca del canal, y dobló el extremo del banco de arena saliendo al mar. En este momento estaba poniéndose el sol.

-Volvamos al hotel -propuso Curio-. Desde allí podremos ver el rumbo que toma el barco antes que anochezca por completo. Y también comunicaremos con nuestra ictionave para que acudan a recogernos.

Regresamos al hotel, y ya en éste, encerrados en la habitación de Curio, yo seguía con los prismáticos el derrotero del “Charlotte” que navegaba costeando el banco de arena mientras el coronel utilizaba su minúscula emisora para comunicar con la tripulación de nuestra ictionave.

Minutos después, mientras la noche caía rápidamente sobre el sombrío mar que se alcanzaba a divisar desde la ventana por encima de los balnearios que se levantaban al otro lado del lago, Curio hizo apresuradamente sus maletas, telefoneó abajo para que prepararan nuestras respectivas cuentas y salimos.

Curio tenía aparcado su automóvil enfrente del hotel.

Mientras corríamos a lo largo de la playa y luego cruzábamos el puente sobre el lago Worth, yo miraba las luces de la ciudad en la que sólo había vivido 24 inolvidables horas y me preguntaba cuánto tiempo había de transcurrir todavía antes que pudiera volver a ella... y si acaso volvería alguna vez.

Cuando llegamos al punto de la cita había oscurecido por completo.

Curio hizo rodar el coche unos metros fuera de la pista, apagó las luces y se apeó empuñando una lámpara de “luz negra”.

Yo aproveché la espera para despojarme de mi disfraz de turista y ponerme de nuevo mi uniforme azul de coronel de las Fuerzas Armadas Sidéreas. Poco después veíamos una sombra oscura que venía hacia nosotros como flotando sobre el lomo de las fosforescentes olas.

Era el soldado que el comandante Barex nos enviaba con las sillas desde la ictionave.

Un minuto más tarde volábamos como flechas sobre el mar hacia el parpadeante brillo de una linterna eléctrica de señales. Nuestra ictionave, esa máquina maravillosa que los terrícolas denominan “platillo volante”, aunque no tiene la forma de un disco sino más bien de una herradura, había emergido totalmente del mar y nos esperaba suspendida en el aire a un metro escaso de la cresta de las olas que la rozaban por debajo.

* * *

Barex señaló la pequeña mancha fluorescente que acababa de aparecer en nuestro “radar”.

-Debe ser él -dije yo mirando a Curio-. Sumerjámonos y nos acercaremos a echarle una ojeada.

Barex hizo una seña a nuestro piloto.

-Inmersión.

Nuestra ictionave, que se diferencia de todos los demás aparatos que pudiéramos llamar “aéreos” de nuestra Flota en que ha sido especialmente diseñada para operar en la Tierra, descendió suavemente perdiendo velocidad y se dejó caer sobre el mar.

Impulsada por sus cuatro hélices de popa, la YL-Y26 navegó en inmersión a una velocidad de 60 millas por hora hasta dar alcance al barco.

Naturalmente, habríamos podido llegar antes en vuelo sobre el mar. Pero nuestro “radar”, al mismo tiempo que detectaba al “Charlotte”, nos había advertido de la presencia de algunos otros barcos que navegaban cerca. Cualquiera de aquellos barcos podía ser un cañonero del servicio de guardacostas, o una corbeta caza-submarinos de la Armada de los Estados Unidos.

Y nosotros no queríamos correr riesgos.

No se trataba ciertamente de eludir un combate con cualquiera de aquellos barcos, en el cual hubieran llevado todas las de perder los cañones americanos.

Nuestra misión consistía en capturar a los tripulantes del “Charlotte” y hacer desaparecer el barco.

Pero todo esto había de llevarse a cabo con rapidez, actuando por

sorpresa, sin el más pequeño fallo que pudiera proporcionar una pista sobre el paradero de la tripulación del yate.

El “Charlotte”, en suma, estaba llamado a convertirse en otro de esos enigmas marítimos que los terrícolas no pudieron resolver jamás... y en la mayoría de los cuales intervinieron ictionaves como la nuestra... tripuladas por marcianos como nosotros.

Obrando en consecuencia, cuando alcanzamos al barco que suponíamos era el “Charlotte”, di orden de izar el periscopio al mismo tiempo que el pequeño proyector de “luz negra”.

Aplicando al ocular del periscopio el dispositivo especial para captar los débiles rayos de esta luz que el ojo humano no puede percibir, eché una ojeada a la popa del barco y sonreí. Era el “Charlotte”. No nos habíamos equivocado.

-Mantengan la distancia -ordené pulsando el botón que hacía bajar al periscopio.

Y nos preparamos para el abordaje.

Dado lo menguado de nuestra tripulación, que estaba formada por cinco hombres sin incluirme a mí, dispuse que tres de ellos me acompañaran, dejando a bordo solamente al piloto y al comandante Barex.

Le rogué a Curio que viniera con nosotros, y él aceptó de mil amores.

-Armaduras completas y fusiles eléctricos -ordené a mis compañeros-. No quiero exponerme a ninguna clase de riesgos.

Las armaduras fueron traídas, embutiéndose el coronel en la del comandante Barex que era de corpulencia semejante a la suya. Con esta especie de “monos” de una sola pieza, hechos de un metal flexible como el cuero, tan duro que era impenetrable a las balas, tan ligero como el aluminio y tan resistente al calor que un hombre podía moverse con él a través de las llamas, cobramos un terrorífico aspecto que yo estimé a tono con todas las terribles cosas que de nosotros se habían dicho sin conocemos.

Miss Haynes va a recoger hoy experiencia suficiente para escribir un centenar de novelas fantásticas, me dije riendo para mis adentros.

Ajustamos las mochilas voladoras a nuestras espaldas, nos calamos las escafandras con su frente de cristal y empuñamos los fusiles.

El soldado Dore llevaba además una carga de explosivos para volar el barco.

-Arriba -ordené a través del tornavoz conectado con mi micrófono interior.

La ictionave ascendió suavemente. Parte de la gran cúpula metálica que teníamos sobre nuestras cabezas se descorrió dejando una angosta abertura y, al misino tiempo, Barex apagó las luces de la cabina.

Salí yo el primero, ascendiendo a través de la abertura de la cúpula

como uno de esos globos de papel en forma de muñeco que los terrícolas sueltan a veces durante sus festejos populares, y al llegar a cinco metros de altura sobre las olas abrí el regulador que me impulsó como una suave brisa hacia adelante.

El "Charlotte" navegaba con todas sus luces encendidas delante de nosotros. Fue cuestión de un momento alcanzarlo y posarnos blandamente sobre su entoldada cubierta de popa.

Todos los cinco hombres que participábamos en la expedición estábamos comunicados por un sistema de radioteléfono.

Envié a Dore con el otro soldado a la sala de máquinas, y en compañía de Curio y el copiloto Daibo me deslicé sigilosamente por la banda de estribor hasta alcanzar la escalerilla de la camareta.

A través de mi audífono exterior llegaba hasta mis oídos una dulce melodía de esas que los terrícolas comprimen en discos. Y también oía la voz chillona de *mistress* Dilmeyer, quien al parecer celebraba ruidosamente una buena jugada de canasta.

Bajé de uno en uno los escalones y me asomé a la cámara.

Mistress Dilmeyer, *miss* Haynes, Albert Bloxmar y Harry Waksman jugaban a las cartas y charlaban animadamente sentados alrededor de la mesa central. Entrando y a mano izquierda, un criado negro descorchaba una botella de champaña junto a un velador del rincón de la camareta...

El negro, vestido de impecable chaqueta blanca, era el que estaba más cerca y el primero que me vio.

Pegó un respingo, puso los ojos en blanco y dejó caer la botella que tenía entre manos. La botella no se rompió, pero el corcho saltó con el golpe y un surtidor de champaña salió ruidosamente en forma de "geiser".

-¡Dios mío! -gimió el negro temblando de pies a cabeza.

Miss Haynes y *mistress* Dilmeyer estaban sentadas respectivamente en los divanes de uno y otro lado de la pequeña cámara. Volvieron los ojos...

La señora Dilmeyer dejó escapar un gritito. Los grandes ojos de la señorita Haynes se abrieron de par en par. Waksman levantó los suyos y Bloxmar volvió la cara para mirarme arrugando el ceño. Parecía obligado que yo tuviera que hacer o decir algo melodramático y dije:

-Buenas noches, señoras y caballeros. Llegaron los marcianos.

Por desdicha mía, estas palabras surtieron un efecto completamente contrario a lo que yo esperaba.

La señora Dilmeyer parpadeó, hizo un mohín de enojo y exclamó:

-¡Qué ocurrencias tiene usted de vez en cuando, señor Malcolm!

-No soy Malcolm, señora Dilmeyer -dije entrando en la cámara.

El coronel Curio me siguió llevando su pesado fusil eléctrico mientras el teniente Daibo volvía atrás en busca del patrón del barco y el equipo de T.S.H. que tenía orden de destruir.

-¿Es esto una mascarada en honor de nuestra amiga la señorita Haynes? -dijo el profesor Bloxmar echándose a reír.

Con la mano que el fusil me dejaba libre me arranqué la escafandra y miré uno por uno a los cuatro personajes sentados alrededor de la mesa. Ex profeso dejé para último lugar a la señorita Haynes, la cual enrojeció como una cereza al tiempo que exclamaba:

-¿Otra vez usted?

Madame Dilmeyer, que me estaba contemplando muda de asombro, se volvió hacia la escritora y preguntó:

-¡Cómo! ¿Pero conoce usted a este hombre?

-¡Dios mío! -exclamó miss Haynes-. Usted no puede haber olvidado que este hombre vino anoche a nuestra mesa del hotel Ruskin con la pretensión de sacarme a bailar, señora Dilmeyer.

-Sí, ya recuerdo -dijo la señora Dilmeyer sonriendo. Mas de pronto, volviendo a su anterior actitud sorprendida, inquirió-: ¡Oiga! ¿Se puede saber qué hace usted a bordo de mi barco, joven?

Yo empezaba a sudar dentro de mi armadura forrada de asbesto. No iba a ser menudo trabajo convencer a esta gente de que éramos en verdad marcianos y estábamos aquí para invitarlos a acompañarnos en un viaje interplanetario de aquéllos que entusiasmaban a la señora Dilmeyer.

Por fortuna, algo ocurrió en este momento. Las máquinas se pararon de golpe.

-¿Pero qué pasa aquí? -prorrumpió la señora Dilmeyer poniéndose en pie mientras su barco todavía avanzaba con la fuerza del impulso que llevaba-. ¿Por qué se han parado las máquinas?

-Nosotros las hemos parado, señora.

-¿Ustedes? ¿Pero quién diablos son ustedes?

-Nosotros somos... los marcianos, señora Dilmeyer -dije exhalando un suspiro.

Madame soltó un agudo grito y se dejó caer de nuevo en el diván. El profesor Bloxmar se hizo cargo de la situación haciendo girar su silla para ponerse en pie y venir hacia nosotros.

-Veamos si logro entender esto -dijo perfectamente sereno y perfectamente correcto-. ¿Ustedes no pertenecen a la tripulación de este barco?

-No, señor Bloxmar.

Por primera vez, Bloxmar dio muestras de desasosiego.

-Repetiré entonces la pregunta de la señora Dilmeyer -dijo con entonación irritada-. ¿Quiénes son ustedes y qué hacen a bordo de este barco?

-Soy el príncipe Yago y estamos aquí para invitarles a dar un paseo por el espacio hasta el planeta Marte, en donde serán dignamente acogidos

como huéspedes por mi muy ilustre abuelo el emperador Taos de Yarthag.

-¡Oiga! -chilló el profesor Bloxmar-. ¿Es esto una tomadura de pelo?

-Señor, ¿qué es una tomadura de pelo? -interrogué, porque en verdad no sabía yo entonces lo que quería decir esta frase de sentido figurado. *Miss* Perla Haynes intervino para decir:

-¿Se cree usted muy gracioso, verdad, señor Paiton? Apuesto que planeó esta mascarada con el exclusivo propósito de burlarse de mí.

-Siento tener que defraudarla, *miss* Haynes -repuse íntimamente regocijado-. La burla que aun sin saberlo ha hecho usted de nosotros los marcianos, bien merecía armar este tinglado con el exclusivo fin de convencerla de muchos de sus errores. Sin embargo, no es por usted ni por las solemnes tonterías que ha escrito a propósito de los marcianos por lo que estamos aquí. Es el muy ilustre profesor Bloxmar quien ha motivado este largo y fatigoso viaje desde nuestro lejano planeta, por causa de cierto artefacto que él ha inventado y mi nación está interesada en que no llegue a perfeccionarse.

-¡Mi invento! -exclamó Albert Bloxmar palideciendo-. ¿Es por eso por lo que...? ¡Oh, no puede ser! Usted es un guasón de tomo y lomo que quiere reírse a costa nuestra o...

-¿O qué, señor Bloxmar?

-O es un agente de algún país interesado en robar mi invento. Pero no un país imaginario y remoto como Marte, sino digamos...

-Mi querido profesor Bloxmar -le interrumpí empezando a impacientarme-. Ahórrese el trabajo de adivinar a qué potencia extranjera pertenecemos, porque no hay más verdad que ésta que acabo de decirle y usted se empeña en no creer. Somos marcianos. Y ahora, si ustedes son tan amables, sírvanse precedernos y pasar a bordo de nuestra ictionave sin ofrecer resistencia.

Me volví hacia las señoras y el profesor Waksman, que me habían estado escuchando boquiabiertos. Bloxmar, entonces, llevó rápidamente la mano al bolsillo trasero del pantalón...

Brilló un vivísimo relámpago que envolvió al profesor Bloxmar en un fugaz halo de luz azul...

Es obvio que Bloxmar no creía que los artefactos que nosotros traíamos en manos sirvieran para otra cosa que dar carácter a nuestra pretendida naturaleza de marcianos. Así pues, el disparo del coronel constituyó una sorpresa para él.

Cayó hacia atrás contra la mesa donde los huéspedes habían estado jugando a las cartas y rodó por el piso soltando la pequeña pistola automática que había logrado empuñar.

Todos quedaron inmóviles en el primer minuto. Luego, *miss* Haynes se inclinó sobre Bloxmar, el cual tenía los ojos abiertos y mantenía esa

quietud impresionante de la muerte.

-¡Asesinos! -chilló la chica agudamente mirándome a mí-. ¡Lo han matado!

-No está muerto -repuse-. Ni siquiera está desvanecido. Puede vernos y escuchar lo que hablamos, pero nuestro fusil eléctrico ha dejado paralizados sus músculos por un buen rato.

Esta pequeña y oportuna demostración de nuestro poder fue definitiva. De allí en adelante, hasta que los tripulantes del “Charlotte” estuvieron todos a bordo de nuestro “platillo volante”, todo marchó como una seda.

CAPÍTULO III

Todavía recuerdo cómo castañeteaban los dientes de la señora Dilmeyer, y aquella mirada extraviada de la señorita Haynes cuando después de trepar por la escalerilla metálica de la escotilla inferior de nuestra ictionave se vieron ambas rodeadas del complejo sistema de controles e indicadores de nuestra cámara de derrota.

Harry Waksman, pálido y callado como un muerto, llegó detrás de las señoras y miró en torno parpadeando asombrado.

Entre los hombres de la tripulación del “Charlotte”, el negro Tom se desmayó y el maquinista y el capitán del yate tuvieron que ser izados en el mismo estado cataléptico que el profesor Bloxmar, por haber intentado como éste ofrecer resistencia a nuestros muchachos.

Apenas el último hombre estuvo a bordo, Barex oprimió el botón que cerraba las escotillas y nos elevamos suave y rápidamente por encima del “Charlotte” que, todavía con sus luces encendidas, se mecía abandonado sobre las tintas aguas próximas a la costa de Florida. El fin del “Charlotte” se produjo un minuto después al estallar la carga que habíamos depositado en la sala de máquinas.

En nuestra gran pantalla de televisión vimos brillar un relámpago seguido de un surtidor de llamas.

Y eso fue todo. El barco se fue a pique en treinta segundos.

-¿Han hundido mi barco? -interrogó la señora Dilmeyer parpadeando.

-Sí, señora Dilmeyer.

-¿Por qué lo han hecho? -chilló histéricamente la dama.

-Era preciso. Para todo el mundo, ustedes han perecido en la misteriosa explosión que puso fin al “Charlotte”. Nadie debe saber ni siquiera sospechar dónde se encuentran ustedes. Han muerto en su mundo y resucitarán en el nuestro.

-¿En Marte, quiere decir?

-Sí, señora Dilmeyer.

-Así pues... ¿son ustedes marcianos DE VERDAD? ¿Estamos en uno de esos platillos volantes? ¿No estoy soñando?

-No sueña, señora Dilmeyer. Y puesto me han dicho que es usted muy aficionada a las cosas de otros planetas...

Tuve que interrumpirme en mitad de mi risa. La dama había cerrado sus azules ojos y murmuró:

-¿Puedo... puedo desmayarme?

-También puede hacerlo, señora Dilmeyer -dije.

Pero tuve que apresurarme a cogerla en mis brazos, porque ella se desmayó DE VERDAD.

El coronel Curio la levantó por las piernas y me ayudó a llevarla hasta

uno de los cuatro confortables sillones que ocupaban la parte posterior de nuestra cabina.

-¡Pobre señora Dilmeyer! -comentó Curio-. Son demasiadas emociones para una sola vez.

Waksman y la señorita Haynes nos miraban con cierta expresión entre ausente y estupefacta.

-Tomen asiento en estos sillones -les dije en inglés-. Dentro de breves minutos vamos a entrar en el ciclo de aceleración, y eso se resiste mejor estando sentados.

Obedecieron.

Curio y yo nos despojamos de nuestras mochilas y armaduras mientras el comandante Barex anunciaba por el circuito de altavoces que íbamos a entrar en la etapa de aceleración constante. Quedaba un sillón vacío junto a *miss* Haynes y fui a sentarme en él. Curio se fue abajo en busca de los sillones del comedor...

Poco después nuestra astronave alcanzaba la alta capa de la atmósfera. El comandante Barex abrió el regulador y la máquina adquirió un impulso constante aproximadamente igual al de la aceleración de la gravedad terrestre; o sea 10 metros por segundo.

* * *

La cabina había quedado silenciosa, no escuchándose más ruido que el zumbido de nuestro generador atómico y la suave y acompasada respiración de la señorita Haynes junto a mí.

Yo la miraba a hurtadillas. Y en aquel palpable silencio en que volábamos hacia la inmensidad fría y aterradora del abismo cósmico, casi me parecía sentir la actividad del pensamiento de aquella mujer mientras ella trataba de adaptarse a la realidad brusca de este inesperado viaje más allá de las fronteras del que ella creía humano poder.

Durante un largo rato, ella cerró los ojos conservando una inmovilidad tal que me hizo creer que se había dormido.

Cuando de nuevo abrió los ojos miró primero en rededor, y luego clavó sus pupilas en mi rostro.

-¿Se siente más tranquila ahora? -dije sonriéndole animosamente.

Sus rasgados ojos chisporrotearon coléricos un segundo. Luego suspiró, cerró los ojos y volvió a reclinar la cabeza en el respaldo de su cómodo sillón.

Esta vez se durmió de veras.

Harry Waksman carraspeó al otro extremo de la fila de sillones.

-¿Puedo... hablar, señor? -preguntó con voz vacilante.

Me eché a reír.

-Desde luego, profesor Waksman. No es forzoso que permanezcamos

en silencio.

-Dígame. ¿Estamos realmente volando por el espacio exterior?

-Sí.

-¿Podría darme una muestra?

Me sonreí. Delante de nosotros teníamos una pantalla de televisión cuya base estaba atornillada al piso. La encendí y mostré a Waksman la imagen que en ella apareció; una gigantesca hoz correspondiente a la parte de globo terráqueo iluminada por el sol que podíamos ver desde la posición que nuestra ictionave ocupaba en el espacio.

Para un lego quizás, la rapidez en que se empequeñecía aquella hoz habría sido impresionante y definitiva.

Waksman permaneció un rato silencioso. Luego dijo:

-¿Sabe usted, Yago? Todo esto me recuerda cierta aventura de un caballero llamado Don Quijote. Ocurrió que una pandilla de guasones, queriendo burlarse de la credulidad del caballero, le vendaron los ojos y le hicieron montar en un caballo de madera, asegurándole que iba a ser llevado por arte de encantamiento a cierto lejano país. Don Quijote, habiendo experimentado diversas sensaciones de fresco y calor, creyó de buena fe que iba por el espacio a través de grandes distancias. Pero en realidad, cuando le quitaron la venda de los ojos, estaba en el mismo sitio de antes de emprender su fantástica aventura.

Yo, que no tenía noticias del tal Don Quijote, entendí no obstante lo que Waksman quería decir.

-¿No cree usted que esté viajando por el espacio, verdad?

-Con medios más modernos, la aventura de Don Quijote sería muy fácil de repetir. Bastaría proyectar en esta pantalla las secuencias de algunas de nuestras películas fantásticas para hacer creer a un ignorante que viajaba por el espacio, e incluso que volaba sobre la Luna o el planeta Marte.

-Y usted no se tiene por ignorante.

-No.

Guardé silencio. Como es lógico, la terca negativa de Waksman a creer en lo que estaba viendo, siquiera fuese a través de una pantalla de televisión, me divirtió tanto como me irritó:

-¿Es usted muy susceptible al ridículo, verdad? -refunfuñé. Y como él no contestara agregué-: Muy bien, profesor Waksman. Dentro de ochenta horas, cuando se arranque la venda de los ojos, se verá usted en Marte.

Waksman soltó un gruñido.

Mientras tanto, la señora Dilmeyer acababa de reponerse de su desmayo y rebullendo en el sillón entre *miss* Haynes y el profesor gimió:

-¿Por qué no puede ser verdad que estos hombres sean marcianos, señor Waksman?

-Mi opinión, como la de la mayoría de los astrónomos, es que en Marte

hay vida “de alguna clase”, pero que la vida animal que se conoce en la Tierra o no existe en Marte o existe en una forma sumamente primitiva. Fabricando oxígeno por fotosíntesis, muchas especies de plantas terrestres pueden sobrevivir en una atmósfera de nitrógeno y anhídrido carbónico. Pero en el reino animal, solo unos pocos gusanos de especies inferiores pueden vivir sin oxígeno. En suma, señora Dilmeyer; ningún ser humano constituido como nosotros podría habitar en Marte. Y todo parece indicar que el señor Yago está constituido con los mismos elementos que usted o que yo, ¿no es cierto?

-De eso no cabe duda -repuso la señora Dilmeyer con acento dolido-. Mas si al final resulta que el príncipe Yago y sus hombres son marcianos, usted tendría que admitir ese imposible PESE A TODO.

-No tema que ocurra una cosa así, señora Dilmeyer -dijo *miss* Haynes entreabriendo los ojos-. Yo creo que el señor Yago tiene tanto de marciano como de príncipe... y es tan príncipe como yo reina de Saba...

Me volví a mirarla. Nuestros ojos se encontraron. En los de *miss* Haynes centelleaba un chispazo de malicia.

La incredulidad de Waksman y la señorita Haynes me enfureció de forma ilógica. Yo no tenía en realidad por qué sentirme irritado. Me bastaba dejarles creer lo que quisieran, y asestar un tremendo golpe a su desconfianza e ignorancia presentando ante ellos hechos irrefutables, tales como la irrevocabilidad de su presencia en Marte.

Me encogí de hombros. En este preciso momento, el comandante Barex volvió la cabeza y anunció:

-Hemos parado los motores, alteza. Ya pueden levantarse ustedes.

Me puse en pie y señalé con un ademán la escotilla a nuestros huéspedes.

-Pueden bajar a sus camarotes. Dada la pequeñez de nuestra nave no podemos darles habitación individual a cada uno. Espero que nos dispensarán las deficiencias de alojamiento que puedan encontrar.

Miss Haynes se levantó la primera para preceder a los demás por la escalerilla hasta el puente inferior.

Como la señora Dilmeyer, *miss* Haynes vestía todavía el elegante y descotado traje de noche en que las habíamos sorprendido al asaltar el yate. Waksman, por su parte, vestía chaqueta blanca y almidonada pechera.

Los tres formaban un pintoresco grupo a bordo de nuestra ictionave, en donde las comodidades se reducían a lo indispensable y el lujo estaba desterrado por completo.

Curio estaba abajo en la camareta y se puso respetuosamente en pie para guiar a nuestros huéspedes hasta el camarote de cuatro literas donde el profesor Bloxmar seguía con sus centros nerviosos paralizados a causa de la descarga eléctrica recibida.

-Oiga, príncipe -protestó la señora Dilmeyer-. ¿Tenemos que dormir los cuatro en el mismo camarote? Somos dos damas y dos caballeros, ¿no se da cuenta?

-Lo siento, señora Dilmeyer -hube de responder-. Sólo hay otro camarote de cuatro literas a bordo, y ése está ocupado por los seis marineros del “Charlotte”.

-¿Qué le ocurre al señor Bloxmar? -inquirió Waksman asomándose al pequeño compartimiento-. ¿Cuándo recobrará el conocimiento?

-Todavía pasará una hora antes que empiece a poderse mover, si es eso lo que quiere decir.

-¿Y se encontrará perfectamente bien entonces?

-Completamente bien, como si nada le hubiera pasado.

-Bueno pues. Podemos esperar a que Bloxmar esté en condiciones de moverse, y él y yo dormiremos en esos sillones de la camareta dejando el camarote para las señoras.

-También mis hombres y yo necesitamos descansar de vez en cuando, señor Waksman. Y esos sillones es todo lo que nos queda después de cederles a ustedes nuestras literas.

-Déjelo, profesor Waksman -dijo la señorita Haynes-. No tiene importancia. Por lo que haya de durar el viaje podremos arreglarnos los cuatro en este camarote. Al menos estaremos juntos y todos nos sentiremos más tranquilos.

-Pueden sentirse completamente tranquilos -repuse-. A menos que tengamos la mala suerte de chocar con un aerolito, no corren ustedes el menor peligro. Y si chocamos con cualquier cosa, tampoco tienen que preocuparse. Moriremos todos tan fulminantemente que ni siquiera nos daremos cuenta.

-¡Vaya! -exclamó la escritora levantando desdeñosamente la comisura de aquellos labios que tanto me obsesionaban-. Eso es realmente muy tranquilizador.

Nuestros huéspedes entraron en el camarote y Curio cerró la puerta asegurándola por fuera.

CAPÍTULO IV

La opinión que de nosotros habían formado nuestros huéspedes debía haber cambiado bastante tres días más tarde.

Digo que debía, aunque sé positivamente que había cambiado, porque en todo este tiempo no los vi ni cambié palabra con ellos. Cierto que ellos hicieron varias tentativas para atraerme a su camarote o a la camareta mientras comían, pero yo resolví todos sus problemas por medio de terceros y decliné sus invitaciones a comparecer pretextando inexistentes ocupaciones.

El coronel Curio estaba de acuerdo conmigo en que los terrícolas merecían un castigo por haber puesto en duda nuestra palabra.

La palabra de un marciano, tanto si es blanco como rojo, es artículo de fe que nadie puede poner en entredicho, y el castigo de los terrícolas consistió en hacerles vivir tres interminables días de deprimente incertidumbre.

Después de nuestra salida de la Tierra, e incluso luego que el profesor Waksman vio su planeta empequeñeciéndose en la distancia, los terrícolas creían que éramos aviadores de alguna potencia extranjera interesada en el invento del profesor Bloxmar. Pero al cabo de tres días, con los nervios hechos pedazos, yo creo que ya no sabían qué pensar.

Durante todo este tiempo, yo me regocijaba de antemano con la cara de sorpresa que iban a poner nuestros huéspedes al desembarcar en el gran aeropuerto nacional de Doab. Pero sucesos imprevistos, de los que tuvimos noticia al establecer contacto por radio con la patria, introdujeron tales cambios en mis planes que habían de convertir en amargo momento aquel que yo consideraba feliz aterrizaje en nuestra base.

Apenas tuve noticias de lo ocurrido allá en la patria, hice llamar a las señoras y a los profesores Waksman y Bloxmar.

Cuando nuestros huéspedes treparon por la escalerilla hasta la cámara donde yo contemplaba sombríamente la imagen de nuestro planeta, Bloxmar y Waksman vestían todavía sus arrugados trajes de etiqueta.

La señora Dilmeyer y *miss* Haynes habían pedido el primer día vestidos más adecuados que los que llevaban, y les habíamos dado sendos “monos” azules que ellas arreglaron a su medida con hilo y aguja.

La expresión en los rostros de todos ellos, como puede suponerse, era de gran ansiedad. Perla Haynes, en especial, clavó en mí sus grandes ojos acusadores y frunció sus rojos labios en mohín de contrariedad. Por el momento estaba escuchando un mensaje de radio y no pude atenderlos.

Bloxmar se acercó por detrás de mí, echó un vistazo a la pantalla de televisión y gruñó:

-¿Es Marte?

-Sí. Pero por favor, no interrumpan ahora...

La voz del locutor situado en la superficie de nuestro planeta dio fin a su mensaje. Me volví hacia los terrícolas.

-¿De manera que es verdad? -exclamó el profesor Bloxmar-. ¿Son ustedes marcianos y estamos llegando a Marte?

Waksman se acercó también y estuvo largo rato mirando al rojo globo que casi llenaba por completo la pantalla del televisor.

-No puedo creerlo -rezongó sacudiendo la cabeza-. Ningún ser humano constituido al igual que las criaturas de la Tierra podría habitar en ese mundo. Y si existieran en él marcianos de nuestra misma naturaleza, ellos no podrían venir a la Tierra y vivir tan ricamente en una atmósfera que haría estallar sus pulmones, abrumados por una fuerza de gravedad tres veces superior a la de su pequeño planeta.

-Eso sería verdad al menos en lo que se refiere a nuestros antepasados -hube de contestar, aunque sin muchas ganas de satisfacer la curiosidad científica del profesor-. Trasplantado bruscamente a la Tierra, el marciano antiguo, que medía cuatro metros de estatura y estaba acostumbrado a respirar la rarificada atmósfera de su moribundo planeta, hubiera tenido que arrastrarse como una tortuga y protegerse con una coraza para poder soportar la presión atmosférica de la Tierra. Pero eso era antes. El marciano actual, como ustedes pueden ver en mí, no difiere en nada del hombre de la Tierra. Puede, y de verdad aspira a vivir en la Tierra, como un terrícola más entre ustedes.

-Explíqueme mejor eso -dijo Waksman con los ojos animados por una chispa de curiosidad-. ¿Es que ha cambiado la raza marciana?

-Sí, ha cambiado.

-¿Cómo ha podido ser eso?

-Creando artificialmente las mismas condiciones de vida que rigen en la Tierra, por supuesto.

-¿Como por ejemplo, la fuerza de gravedad?

-Naturalmente. Usted sabe que el tamaño y peso de las especies terrícolas está condicionado a su esqueleto y la fuerza de gravedad que actúa sobre el organismo. Tuvimos que crear esa mayor fuerza de gravedad para hacernos a la vez más pequeños y más resistentes. Y en la misma medida, hubimos de crear condiciones de temperatura y presión atmosférica para adaptarnos al medio ambiente reinante en la Tierra.

-¡Válgame Dios! -exclamó Waksman sin poder dar crédito a lo que escuchaba-. Para que una especie se transforme de manera tan radical, adaptándose al nuevo ambiente... ¡hacen falta miles y miles de años!

-En efecto. Nuestra raza ha necesitado alrededor de unos veinte mil años para efectuar esta mutación hacia el prototipo de la criatura terrestre.

-¡Veinte mil años! -tartamudeó Waksman abriendo sus ojos de par en

par-. ¿Está hablando en serio?

-Naturalmente, estoy hablando de años marcianos de seiscientos ochenta y siete días -me detuve para hacer un rápido cálculo-: Unos treinta y siete mil doscientos años de la Tierra.

-¡Dios mío! -exclamó el profesor Waksman-. ¿Quiere decir que han estado treinta y siete mil años adiestrando a sus organismos hasta adaptarlos a las condiciones físicas de la Tierra?

-Sí. Pero no fue tan pesado como usted cree. Todo se redujo a crear un campo de atracción artificial bajo el suelo de nuestras ciudades subterráneas, y a cerrar éstas herméticamente insuflando una proporción de oxígeno que era ligeramente mayor de año en año. El tiempo y la Naturaleza hicieron lo demás.

Harry Waksman volvió sus estupefactos ojos hacia el profesor Bloxmar.

Paradójicamente, *miss* Haynes, que había esgrimido su más hiriente incredulidad contra mí, pareció ser la primera en admitir como cierto cuanto yo decía ahora. Por la misma razón quizás, fue ella la primera en caer en la cuenta de algo que hasta entonces había escapado a sus esforzados compañeros de cautiverio.

-Por supuesto -dijo-; si los marcianos han pasado treinta y siete milenios formando una raza nueva adaptada a las condiciones físicas de la Tierra, no habrá sido por pura diversión.

-No, señorita Haynes -contesté con toda la gravedad que las circunstancias me imponían-. Esta vez ha dado usted EN EL CLAVO. No fue por diversión que transformáramos nuestra raza, sino por necesidad.

-¿Por la necesidad de cambiar su residencia a otro planeta donde se dieran mejores condiciones de vida, quiere decir?

-Sí.

Un silencio ominoso se hizo en la cámara de derrota de nuestra ictionave después de mi seca afirmación. Los cuatro terrícolas se miraron entre sí.

-¿De manera -dijo Bloxmar- que tienen pensado invadir la Tierra?

-Si invasión significa que tengamos que ganar el derecho de compartir la Tierra con ustedes por la fuerza de las armas... sí. Me figuro que no nos quedará más remedio que invadirlos. Sin embargo no es eso lo que la nación marciana desea -me interrumpí para clavar los ojos en la roja imagen de nuestro planeta-. Al menos, no es lo que desea una parte de la nación marciana.

-Según eso -interrogó *miss* Haynes-. ¿No están ustedes de acuerdo sobre la conveniencia de invadir nuestro planeta?

-No es eso lo que discutimos, señorita Haynes -respondí-. El éxodo en masa de la población marciana a la Tierra no es una conveniencia, sino una

necesidad. Podemos retrasar todavía algunos siglos el momento de ese salto de sesenta millones de kilómetros hasta el planeta de ustedes, pero el día en que no podamos esperar más no está demasiado lejos.

-¿Ha de llegar ineludiblemente?

-Sí. Y llegará tanto más pronto cuanto más perfeccionen ustedes sus ingenios de destrucción y sus naves interplanetarias. Perdimos nuestra mejor oportunidad de conquistar la Tierra cuando Cristóbal Colón acababa de descubrir América. Ese gran continente era el escogido por nosotros para nuestro desembarco; pero algunas diferencias que surgieron entre nosotros sobre cuestión de límites retrasaron la invasión hasta que ya los norteamericanos se habían declarado independientes y los españoles habían conquistado lo que ahora llamamos Hispanoamérica. Los "hombres rojos" de Marte, como de costumbre, no estuvieron de acuerdo en nada de lo que los "hombres albinos" propusimos. Cuando finalmente accedieron a nuestras proposiciones era demasiado tarde, y entonces fuimos los blancos quienes nos opusimos a la invasión. Porque para efectuar la invasión entonces habríamos tenido que expulsar o aniquilar a los norteamericanos y los españoles, y un hecho así hubiera traído como consecuencia un odio entre nuestros respectivos pueblos que jamás se habría extinguido... como no se ha extinguido nunca el antagonismo entre nosotros y nuestros vecinos los "hombres rojos" de Marte.

Ésta creo que fue la primera vez que mis huéspedes oyeron hablar de los "hombres rojos" de Marte, a quienes nosotros llamamos simplemente "el taryat". Como era de esperar, el hecho de que existieran dos razas diferentes en Marte excitó poderosamente su curiosidad.

Como además de esto, ellos no podían comprender lo que estaba ocurriendo sin saber algo sobre "el taryat", hube de hacerles una breve reseña de nuestra Historia.

* * *

La vocación guerrera de los "hombres rojos" de Marte se remonta al crepúsculo de las edades, y es por lo menos tan antigua como el antagonismo que por milenios ha existido entre ellos y nosotros.

Durante siglos, los "hombres albinos" de Marte fuimos constantemente víctimas de las "razias" de esta raza belicosa, a quienes por fuerza hubimos de servir numerosas veces como esclavos. Hasta donde el apacible carácter de nuestro pueblo lo permitió, la necesidad de defendernos de ellos nos convirtió en guerreros también.

Estimulados por esta necesidad, nuestro ingenio se agudizó en tal manera que pronto sacamos al taryat una notoria ventaja en las artes, la ciencia y la cultura en general. Derrotamos una y otra vez al taryat con el producto de nuestra inventiva, y los obligamos a nuestra vez a agudizar su

ingenio en busca de otros medios de practicar la guerra.

La ventaja estuvo siempre de nuestra parte y se puso espectacularmente de manifiesto la vez que, habiendo invadido el taryat nuestra nación, teniéndonos casi completamente sojuzgados, hubimos de utilizar contra ellos ese ingenio destructor que los americanos lanzaron contra los japoneses en 1945 en circunstancias que diferían bastante de las nuestras.

Me refiero, naturalmente, a la bomba atómica.

La terrible fuerza encerrada en la cohesión de la materia, puesta en nuestras manos en los momentos angustiosos que nuestra raza estaba a punto de perecer para siempre, cambió de repente el orden de los factores y nos dio una vez más la victoria de nuestro ingenio sobre la fuerza bruta de nuestro secular enemigo.

En el tratado de paz que siguió, el más humillante que jamás hayan tenido que aceptar nuestros enemigos, establecimos definitivamente las fronteras de nuestras naciones en la imaginaria línea del ecuador marciano que divide al planeta en dos partes iguales.

Por consiguiente y de allí en adelante, desde hace más de 50.000 años marcianos, los “hombres rojos” viven al norte del ecuador, y al sur de esta divisoria que da la vuelta completa al planeta, nosotros los “hombres albinos” de Marte.

No puede decirse que en la actualidad sigamos detentando aquella ventaja económica e industrial que tradicionalmente hemos llevado sobre nuestros enemigos seculares.

Después de la gran derrota, los “hombres rojos” de Marte se aplicaron inteligente y tesoneramente a restaurar su pulverizada economía y construir sus ciudades a gran profundidad bajo la superficie del planeta.

Nosotros seguimos su ejemplo.

No se trataba solamente de preservar nuestras poblaciones de los peligros de una guerra futura. La rápida disipación de nuestra atmósfera en el espacio, debida a la escasa fuerza de gravedad de nuestro pequeño planeta, había traído ya para entonces notables cambios en la climatología de nuestro mundo.

En el transcurso de algunos milenios, nuestra raza tendía a evolucionar adaptándose a las condiciones del cambiante ambiente. El marciano, antes bello y armoniosamente proporcionado, estaba convirtiéndose en un monstruo de abultada caja torácica, totalmente ocupada por unos pulmones de extraordinario tamaño. Nuestra piel, antes suave y tersa, estaba haciéndose rugosa, gruesa como el cuero, y cubierta de espeso vello.

Nuestros sabios predijeron que de seguir en aquella involuntaria evolución, íbamos a transformarnos en unos seres disformes. Y, finalmente, la raza se extinguiría de la misma forma que ya se habían extinguido la mayoría de nuestras especies animales nativas.

Ésta fue en principio la razón que nos indujo a encerrarnos profundamente bajo el suelo en ciudades perfectamente herméticas, climatizadas y oxigenadas.

El descubrimiento del proceso llamado “fotosíntesis”, por medio del cual las plantas fijan en su organismo el carbono de la atmósfera, nos llegó a tiempo de evitar que nuestra raza tuviera que alimentarse de líquenes o perecer por inanición.

El marciano dejó de depender de las plantas para su alimentación, y éste fue el gran paso que nos transformó en un mundo despreocupado y feliz.

Simultáneamente con este descubrimiento, el marciano resolvía las últimas dificultades en el orden de los viajes interplanetarios.

Con anterioridad a la Gran Guerra, los marcianos habíamos realizado numerosos viajes exploratorios de circunvalación alrededor de la Tierra, de Venus, e incluso del gigantesco Júpiter. El hombre de Marte había posado su planta tanto en la Luna como en los satélites del gigantesco Júpiter, pero jamás lo había hecho en la Tierra.

La fuerza de gravedad de la Tierra hubiera impedido que nuestros toscos cohetes volvieran a despegar de su superficie, e incluso la corta permanencia de nuestros exploradores hubiera constituido un peligro que los primeros astronautas marcianos conocían y nunca se atrevieron a arriesgar.

Después de la Gran Guerra, el panorama cambió.

Podíamos ir a cualquier parte en nuestras poderosas astronaves y regresar. Y la posibilidad de descubrir en el Universo algún mundo de características parecidas a las de nuestro planeta, donde pudiéramos emigrar, se estudió formalmente por nuestros gobiernos.

Ésta fue la era de los prolongados viajes espaciales a la busca de un mundo habitable.

Y mientras tanto, teníamos allí a nuestro alcance la grande y espléndida Tierra. Un mundo maravilloso apenas poblado por un puñado de tribus primitivas, un paraíso de Dios dotado de todo aquello que nosotros necesitábamos... aunque era demasiado grande para el marciano.

Un día, de pronto, los “hombres rojos” anunciaron su heroica determinación: Iban a provocar voluntariamente una mutación revolucionaria en su raza, a fin de adaptar las futuras generaciones a las condiciones de vida que dominaban en la Tierra. La Tierra, ese hermoso planeta que brilla a través de las lentes de nuestros telescopios con una clara luz azul, estaba llamada a convertirse en el nuevo Imperio del Taryat.

Visto a la distancia de 20.000 años -pues no en menos evaluaban nuestros antropólogos el período indispensable para lograr un cambio tan profundo en nuestra raza- el proyecto del taryat parecía absurdo. Mas

estudiándolo con vistas a cuál sería el estado de agotamiento de nuestro viejo Marte para aquella adelantada fecha, el plan de nuestro milenario antagonista no tenía nada de descabellado.

Nuestros astrofísicos predijeron que para 20.000 años después, el agotamiento de nuestro planeta habría llegado al grado extremo en que el hombre no podría salir de sus ciudades subterráneas sin careta de oxígeno y equipo adecuado para las bajas temperaturas exteriores. La lógica que se desprendía de este dictamen era: que si al cabo de 20.000 años el marciano había de ser un extraño en su propio planeta, no se perdía nada con hacer que para ese tiempo hubiera adaptado su organismo a las condiciones de vida de un planeta extraño a Marte.

Obrando en consecuencia adoptamos el proyecto del "hombre rojo" y nos preparamos a larga fecha para ir a habitar en la Tierra.

Y ahora, al cabo de largos milenios, las generaciones que sucedieron a nuestros previsores antepasados estamos preparados para bajar a la Tierra.

* * *

-En suma -inquirió el profesor Bloxmar-. ¿Qué es lo que les impide llevar a la práctica sus planes de invasión?

-Ustedes, los terrícolas -contesté-. Nosotros somos un pueblo que ama la paz. En nuestra larga y aleccionadora historia, hemos aprendido que el daño que se inflige a un pueblo, se vuelve a la larga en perjuicio de aquéllos que lo causaron. Nosotros podríamos invadirles hoy mismo a la fuerza, y con este acto violento nos haríamos acreedores al rencor de ustedes para siempre en el futuro. Por mucho tiempo quizás, nosotros los marcianos los mantendríamos aherrojados bajo la amenaza de nuestras armas destructoras. Pero con los años, ustedes acabarían por poseer también nuestras armas e, inevitablemente, la lucha entre marcianos y terrícolas adquiriría la forma de una guerra crónica cuyo final nadie es capaz de adivinar. No es eso lo que nosotros queremos.

-¿Creen posible acaso llegar a un acuerdo amistoso con las naciones terrícolas, de forma que les permitamos ocupar cierto territorio de nuestro planeta pacíficamente? -preguntó *miss* Haynes.

-Ése es nuestro sueño dorado -dije volviéndome a mirarla-. Aunque dudo que ustedes los terrícolas estén dispuestos a consentirlo. Al menos, eso es lo que los marcianos pensamos después de haberles visto empeñarse en una sangrienta guerra por un insignificante territorio llamado Dancing. ¿Cómo, después de eso, iban a consentir en cedernos por las buenas un territorio como Australia o el Canadá?

-Verdaderamente -repuso la escritora-, tal y como nosotros estamos acostumbrados a considerar la cuestión de territorios, parece improbable que lleguen a tener ustedes nunca nuestro permiso para ocupar

pacíficamente Australia o el Canadá, ni siquiera el Sahara que no aprovecha para nadie.

-Eso es lo que nosotros creemos -hube de decir-. Y ésa es la razón por la que no les hemos invadido todavía. Sin embargo hay otros para quienes no existe esta clase de prejuicios, y para ellos la presunción de que los terrícolas no nos permitirán la ocupación pacífica de cierto territorio es un buen pretexto para dar comienzo a una guerra que debe acabar con la conquista total del planeta Tierra.

-¿Se refiere a los “hombres rojos” de Marte? -preguntó Bloxmar.

-Sí -dije-. Y respecto a ellos, tal vez les cause sorpresa que, sin saberlo ustedes, han tenido todo este tiempo un ángel tutelar en los espacios velando por la paz y la felicidad de los terrícolas. Sin el obstáculo que nosotros los creotas representamos para los “hombres rojos” de Marte, la Tierra sería tiempo ha una colonia dependiente del Imperio Taryat.

-¡Vaya! -exclamó irónicamente la señorita Haynes-: ¡Si todavía tendremos que estarles agradecidos!

Me volví a mirarla con severidad.

-Cuando en mil cuatrocientos noventa y dos de la Era Cristiana descubrió Colón el Nuevo Mundo, y nosotros los creotas opusimos una absurda cuestión de límites que impidió la proyectada invasión de la Tierra, ¿cree que lo hicimos porque cuatrocientos sesenta y seis años más tarde tenía que habitar en aquel país, que luego se llamó América, una estúpida escritora de quien esperábamos nos había de mostrar agradecimiento?

Miss Haynes enrojeció violentamente hasta el escote.

-No -dijo frunciendo sus deliciosos labios-. Supongo que lo harían por otra razón más poderosa.

-Sí -dije-. Había otra razón de conveniencia, y era que temíamos demasiado al afán expansionista del taryat para arriesgarnos en una aventura que preveíamos cómo había de acabar. La Tierra, tal como se ofrecía a los marcianos en su atraso medieval, hubiera sido presa fácil para el ambicioso taryat. Éste hubiera extendido su poder sobre Europa y Asia para formar con las naciones avasalladas un imperio destinado a barrernos a nosotros los creotas de la faz del mundo. Las luchas que habían desangrado nuestro viejo planeta Marte en la antigüedad amenazaban con prolongarse en la Tierra, y no era eso lo que nosotros queríamos. No queríamos vivir en la Tierra como vivimos en Marte, enterrados profundamente en nuestras ciudades excavadas en la roca, temiendo siempre un ataque subrepticio de nuestro enemigo. Nosotros queríamos vivir en ciudades abiertas bajo el sol, en íntimo contacto con aquella espléndida naturaleza terrestre que tanto añorábamos. No valía la pena emigrar a la Tierra para continuar allí nuestra existencia de topos, y en consecuencia decidimos no movernos hasta en tanto no tuviéramos la

seguridad de que con el cambio íbamos a disfrutar de paz y felicidad continuada. ¿Lo ha comprendido ahora?

Los terrícolas cambiaron una mirada entre sí.

-Sí, príncipe Yago -dijo Bloxmar por la señorita Haynes-. Todos hemos comprendido. Pero díganos una cosa; el peligro que les hizo desistir de sus propósitos en la antigüedad, ¿sigue en pie al presente?

-Desde luego, sigue en pie. En estos momentos, una conferencia está llevándose a cabo en Doab, nuestra capital imperial, entre creotas y taryitas. Y una guerra más sangrienta que todas las que aquí se produjeron en la antigüedad, está a punto de estallar entre las dos grandes naciones marcianas si Dios no lo remedia. Según parece, los taryitas están dispuestos a comenzar la invasión de la Tierra. Y con esta decisión, los creotas nos encontramos en el dilema de escoger uno de estos dos caminos; o tomar parte en la invasión con los rojos, o tener que pelear contra ellos en una guerra de exterminio total.

CAPÍTULO V

Nuestra ictionave penetró en la sutil atmósfera de Marte y voló rápidamente sobre la roja y yerma llanura del “Mar de las Esperanzas” enfilando las dos elevadas montañas que señalaban la entrada al “Valle de la Muerte”.

El silencio había vuelto a posesionarse de la cabina luego de mi última explicación, y nuestros huéspedes terrícolas miraban absortos a través de la pantalla de televisión aquel fascinante mundo de soledad y muerte que tanto había intrigado a sus astrónomos durante siglos.

-Dígame una cosa, príncipe Yago -murmuró el profesor Bloxmar al penetrar en el valle-. ¿Se sostiene esta nave gracias al principio de un campo de fuerza magnético como supongo?

-Aunque bastante más perfeccionado, el sistema es el mismo que usted trata de aplicar al cohete de su invención, señor Bloxmar. Un magnético de fuerza neutraliza la atracción de la gravedad terrestre, y un chorro de electrones impulsa por reacción al aparato en el sentido de la marcha. Creo que usted ha dispuesto un motor de oxígeno líquido en su cohete para crear la energía eléctrica necesaria a este fin. En nuestra ictionave es una pila atómica produciendo directamente electricidad la que se encarga de crear la fuerza sustentadora.

-También yo tenía proyectado utilizar un generador atómico para nuestras futuras naves del espacio -suspiró el profesor Bloxmar. Y agregó mirándome-: Desgraciadamente, hay pocas esperanzas de que pueda regresar a la Tierra para seguir perfeccionando mi invento, ¿no es eso?

Yo hice como que no entendía la alusión, pero la señora Dilmeyer inquirió con la intrepidez que la caracterizaba:

-¿Qué se proponen hacer ustedes de nosotros, príncipe Yago? ¿Estamos condenados a quedar prisioneros en Marte a perpetuidad?

-Usted estaba dispuesta a pagar una fuerte cantidad por un pasaje a la Luna, señora Dilmeyer -repuse riendo-. No debiera disgustarle haber venido a Marte.

-No me disgusta. Lo que no me agradaría tanto sería quedarme aquí para siempre.

De nuevo la preocupación que pesaba sobre mi ánimo volvió a avasallarme.

-¿Quién sabe? -murmuré-. Nadie puede predecir en qué terminará todo esto.

Los terrícolas guardaron silencio mirando la pantalla de televisión. Ante nosotros, el “Valle de la Muerte” se cerraba sobre un enorme paredón rojizo en el cual se abría la entrada a nuestro aeropuerto nacional. Un formidable muro de acero se hundía en la roca dejando una abertura

rectangular que nuestra ictionave enfiló bajo las expertas manos del comandante Barex.

-¿Todo subterráneo, eh? -murmuró la señora Dilmeyer.

-Razones de seguridad -respondí mientras nuestro aparato perdía velocidad-. Aunque invisibles, estamos rodeados de un formidable sistema defensivo en previsión a un ataque aéreo por sorpresa. Vean, ahora entramos en nuestro aeropuerto.

Nuestra ictionave pasó sobre la sólida cortina de acero entrando en una grandiosa gruta artificial que arrancó un grito de exclamación involuntario de labios de la señorita Haynes.

-Esto -dije irónicamente-, no lo describía usted en esa famosa novela donde nos presenta a los marcianos como pulpos.

Miss Haynes lanzó sobre mí una oblicua mirada sin contestar.

Algún día, supongo, esta bella terrestre que un día arrebaté de su mundo en un “platillo volante” escribirá una novela en donde, mejor documentada de lo que estuvo en el pasado, describirá con su estilo fluido la grandiosidad solemne de nuestras construcciones.

Los terrícolas han levantado en su mundo obras de ingeniería admirables, sobre todo, si consideramos la pobreza de sus materiales y la escasez de sus medios.

Nosotros, los marcianos, llevamos milenios de experiencia por delante, tenemos materiales desconocidos por la Tierra y una maquinaria adecuada a los fines que se proponen conseguir. Pero, y esto es esencial, tenemos a nuestro favor una circunstancia que no puede darse en la Tierra.

Tenemos una fuerza de gravedad tres veces más pequeña.

La gigantesca bóveda de nuestro aeropuerto nacional de Doab, bajo la cual tendría cabida toda la Flota de los Estados Unidos, no podría haberse construido, ni siquiera con el sostén de los arcos de nuestro acero especial, en un mundo donde la masa rocosa que descansa sobre esta obra pesara tres veces lo que pesa en Marte.

Gracias a las débiles fuerzas gravitatorias que permitieron a nuestra atmósfera desvanecerse en un tiempo relativamente corto, a nuestras máquinas y nuestros materiales de extraordinaria resistencia, los marcianos hemos levantado en nuestro pequeño mundo obras que no pueden ser siquiera concebidas en la imaginación del terrestre.

Yo contaba por supuesto con la admiración de nuestros huéspedes. Es más, pensaba divertirme un poco a costa de la incredulidad de la señorita Haynes y sus estupefactos amigos. Pero lo que estaba ocurriendo a muchos centenares de metros de profundidad bajo nuestros pies, lo que en aquella conferencia entre creotas y taryitas se estaba decidiendo, me tenía muy preocupado en aquellos momentos.

Cuando nos apearnos de nuestra pequeña ictionave, pudimos ver cerca

de nosotros la reducida flota de aeronaves de los parlamentarios taryitas.

Eran buques siderales grandes, de bellas y estilizadas líneas, todos ostentando en sus costados el aborrecido segur de los "hombres rojos" de Marte.

Ya en el aeropuerto presentí a mi alrededor esa atmósfera propia de los grandes y luctuosos acontecimientos. Los altavoces conectados con la sala de conferencias dispersaban a todo volumen los largos parlamentos de los conferenciantes, y estas voces retumbantes parecían llenar toda la grandiosidad hueca de aquella enorme gruta con ecos desagradables y amenazadores.

Una orden me estaba esperando y me fue traída por un oficial del Real Estado Mayor. Debía conducir al profesor Bloxmar a presencia de la conferencia inmediatamente.

-Hágase usted cargo de nuestros huéspedes, coronel Curio -dije a mi amigo-. Acompáñelos y asegúrese que son cómodamente instalados.

Bloxmar me observaba con el rabillo del ojo mientras descendíamos con el ascensor.

-No tema -le dije-. Nada malo puede ocurrirle, aunque es posible que le administren un suero hipnótico que desatará su lengua en todo cuanto se relaciona con su invento. Los "hombres rojos" quieren saber hasta dónde ha llegado usted en sus teorías... y hasta qué punto pueden resultar peligrosas llevadas a la práctica.

Bloxmar asintió.

-Comprendo -dijo cuando el ascensor se detenía.

Doab, nuestra capital imperial, está enteramente excavada en el granito de las entrañas de nuestro globo.

Hasta donde humanamente es posible embellecer una ciudad de trogloditas, Doab es hermosa y cómoda. Sus calles son amplios y altísimos túneles a lo largo de los cuales corre un aura primaveral que impulsan gigantescos e invisibles ventiladores. Grandes lámparas solares brillan en las alturas vertiginosas de los techos, lo mismo fuera que dentro de las casas, y el centro de las calzadas está ocupado por amplios jardines con árboles en los que anidan las últimas especies de nuestra extinguida fauna volátil.

Hay pocos automóviles en Doab, donde la gente jamás tiene prisa por llegar a ninguna parte, y nosotros tomamos uno de estos limpios y silenciosos vehículos para trasladarnos a la Plaza de Armas.

La Plaza de Armas de Doab es casi tan grande como nuestro aeropuerto y hasta cierto punto se parece al crucero central de una de esas grandes catedrales terrícolas, sólo que en escala infinitamente mayor. De su altísima cúpula pende la más grande lámpara solar de toda la ciudad, y directamente debajo de esta lámpara, en el suelo, se ve la fuente luminosa más

espectacular de cuantas se han construido en Marte.

Considerando lo cara que nos sale el agua a los marcianos, esta fuente es un verdadero derroche de energía que suele mostrarse como notable curiosidad a todos los forasteros que llegan por primera vez a nuestra capital imperial.

Ocupando todo un lado de esta grandiosa plaza se levanta la fachada de nuestro fastuoso Congreso con su pórtico sostenido por columnas de 100 metros de altura, bajo el cual hasta nuestros antepasados de 4 metros de estatura se sentían comparativamente insignificantes.

Abandonamos el automóvil frente a las largas escalinatas de mármol y entramos en el palacio.

La conferencia se hallaba suspendida momentáneamente esperando nuestra llegada.

El edificio del Congreso tiene una particularidad única en nuestra ciudad imperial, y es que habiendo sido construido por marcianos de más de 4 metros de estatura, para hombres de este tamaño, no ha sido modificado al igual que el resto de las edificaciones de Doab.

Excepto los muebles y unas pocas cosas más, todo lo otro conserva aquellas aplastantes proporciones que ya resultaban gigantescas incluso para nuestros gigantescos antepasados.

Si el antiguo marciano se sentía pequeño bajo los techos de este formidable monumento, el marciano moderno se siente allí insignificante. La impresión de haber sido trasladado a una casa de gigantes no es solamente figurada. Es real.

Dejando al profesor Bloxmar en manos del capitán de la guardia imperial para que lo condujera hasta los doctores que debían administrarle el suero hipnótico exigido por la comisión taryita, me encaminé hacia la sala donde mi ilustre abuelo descansaba charlando con los ministros y representantes de la nación.

Aunque no figuraba en la conferencia como miembro consultivo, mi padre se encontraba también allí vistiendo su uniforme de gala de almirante de la Flota Sideral. Él vino a oprimirme los hombros cariñosamente según la norma de saludo entre nosotros, se interesó por mi salud, agregando que el resto de la familia se encontraba perfectamente y me acompañó a presencia del emperador.

Mi abuelo el emperador Taos de Yarthag estaba indolentemente recostado en una antiquísima poltrona y me hizo una fatigada seña. En su noble y amistado rostro de anciano estaba impresa la misma inquietud irritada que yo podía ver en los rostros de sus ministros y consejeros.

El abuelo me sonrió.

-¡Hola, Yago! Llegaste a tiempo. ¿Cómo fue ese viaje? ¿Te gustó la Tierra?

Estuvimos charlando unos breves minutos. Luego, el emperador llamó a uno de sus ministros y yo me retiré discretamente. Volví junto a mi padre.

-¿Cuál es la tónica de los taryitas? -pregunté-. ¿Es verdad que vinieron a presentarnos un ultimátum?

-Como de costumbre, vinieron a insultar y a arrojar sobre nosotros las más calumniosas acusaciones. Pretenden ofrecernos una oportunidad de demostrar la honradez de nuestras intenciones aliándonos a ellos en la inapelable invasión del Tercer Planeta, diciendo que en caso contrario iniciarán el ataque solos y pese a quien pese... entendiéndose que ese "quien" somos nosotros, los creotas.

-Supongamos que el taryat cumple por una vez sus amenazas y ataca a la Tierra. ¿Cuál sería nuestra posición frente a este ataque?

-Si creyéramos en las intenciones del taryat nos aliaríamos a él aceptando la invasión como un mal menor de lo que podría ocurrir si el taryat iniciara la guerra por sí solo. Desgraciadamente no podemos fiar en su palabra y, por consiguiente, se hace forzosa nuestra intervención a fin de impedir que la Tierra sea destruida.

-Pero impedir que la Tierra sea destruida, exponiéndonos a ser destruidos a nuestra vez... ¿no será una forma disparatada de practicar nuestro altruismo?

-Yago, hijo mío -me reprendió mi padre severa y cariñosamente-. Tú sabes que no se trata de practicar nuestro altruismo. La Tierra no puede ser invadida por la violencia como los taryitas pretenden, so pena de que no acaben nunca las guerras entre nosotros y los terrícolas en el futuro. Por lo tanto, si para evitar odios en el futuro hemos de luchar y exponernos a ser destruidos ahora, lucharemos y Dios decidirá lo que haya de ser.

No tuve oportunidad de contestar. En este momento anunciaron que la conferencia iba a reanudarse y todo el mundo se encaminó hacia el gran salón.

Al mismo tiempo que nosotros, la comisión taryita encabezada por el presidente de la Unión de Estados Taryat entró en la sala y fue a ocupar sus asientos en la gran tabla redonda que ocupaba el centro de la sala bajo la enorme cúpula.

Durante largos milenios, la nación taryita ha estado constituida por una unión de estados confederados bajo un presidente elegido por votación popular.

Esta forma de gobierno, que quizás hubiera sido la más adecuada para el carácter tranquilo y disciplinado de los creotas, ha sido funesta para los taryitas debido a su insaciable afán de poder. Sus presidentes, frecuentemente asesinados, han sido renovados tantas veces que han dado lugar a la vacilante y contradictoria política de nuestro enemigo de raza, su más señalada característica.

Los creotas, por contra, han mantenido fielmente su tradición a través de los milenios profesando encendido amor y absoluta confianza en la persona de su emperador.

El emperador de Cretia, con todo, está muy lejos de ser lo que era en tiempos pasados muy remotos, quedando en nuestras instituciones conservadoras a modo de figura decorativa. Sin embargo tiene derecho al veto y, ya que no le es permitido hacer su voluntad, puede al menos impedir que se acometan ciertas empresas sin su consentimiento.

Nuestra forma de gobierno, en suma, es complicada y frecuentemente incongruente, pero esto no preocupa a nadie en Cretia.

Al fin y al cabo, una forma de gobierno que data de más de medio millón de años, ya ha tenido bastante tiempo de demostrar si es eficaz o no, aunque adolezca de algunos defectos.

* * *

El profesor Bloxmar entró en la gran sala conducido por dos altos oficiales del Estado Mayor Imperial. Tras él llegaron dos médicos rojos, uno de los cuales se acercó a la mesa para hablar a escondidas con el presidente Upmon-Clane de los Estados taryat. Éste asintió con la cabeza, Bloxmar fue llevado hasta una silla cercana a la mesa y empezó el interrogatorio. Puesto que en nuestras universidades es obligatoria la enseñanza de por lo menos dos idiomas terrícolas, siendo el inglés necesariamente uno de ellos, todos los allí presentes y los millones de marcianos pendientes de los aparatos de televisión, pudieron entender perfectamente las palabras del profesor.

Albert Bloxmar, bajo los efectos de la droga hipnótica, contestó mecánicamente a cuanto se le preguntaba.

Dijo haber descubierto un fenómeno electro-magnético mediante el cual era posible neutralizar la fuerza de atracción terrestre, y haber construido un aparato que, en vías de ensayo, pudo sostenerse en el aire por tiempo indefinido en condiciones idénticas a las de un globo ligero hinchado de hidrógeno o de gas helio.

La desproporción entre la energía eléctrica necesaria y el peso elevado, dijo Bloxmar, era considerable en signo negativo para su invento. No era cierto que hubiera estado ensayando en Cabo Cañaveral sobre un cohete que fabricaba su electricidad con un motor a bordo. El cohete gigantesco que Bloxmar intentaba elevar, por contra, recibía la energía eléctrica por medio de un cable eléctrico que iba desenrollándose a medida que el proyectil se elevaba. A cierta altura, el peso del cable que arrastraba el cohete era demasiado grande y se hacía necesaria la desconexión. Lo que se pretendía pues, era ayudar al cohete en la primera y más costosa etapa de su lanzamiento, logrando un ahorro de combustible que se esperaba haría

llegar al cohete más lejos o a mayor altura de lo conseguido hasta entonces.

Bloxmar, pese a todo, esperaba resolver esta desproporción entre fuerza y peso situando a bordo de una nave especialmente construida un generador eléctrico movido por la energía atómica.

-Si consigo perfeccionar mi invento de forma que requiera un consumo mínimo de energía eléctrica, y si los ingenieros nucleares me proporcionan un generador atómico más liviano de los construidos hasta ahora, confío en hacer elevarse y volar en condiciones de la máxima seguridad un aparato tan grande como el "Nautilus" a alturas hasta hoy no alcanzadas por ningún aeroplano o globo. Es, creo yo, pura cuestión de tiempo conseguir tales cosas.

Albert Bloxmar hizo esta confesión con la confianza del hombre que habla con su propia conciencia, y en verdad que ninguno de nosotros hubiéramos querido que pronunciara palabras tan intranquilizadoras. Upmon-Clane, el presidente de los Estados Unidos de Taryat, dijo:

-Creo que tenemos bastante con las declaraciones hechas por el científico terrestre.

Albert Bloxmar recibió de mi abuelo permiso para retirarse, siguiendo a la salida del terrícola un prolongado murmullo de comentarios y consultas hechas en voz baja.

Taos de Yarthag impuso silencio levantando una mano y preguntó:

-¿Nuestro ilustre visitante el presidente de la Unión Taryat tiene algo que decir?

Upmon-Clane irguió su maciza figura al otro lado de la tabla redonda. Por supuesto, tenía algo que decir.

Dijo que la declaración del sabio terrícola evidenciaba el inminente peligro de que las naciones terrícolas llegaran a poseer aparatos aéreos de características parecidas a los nuestros. Si se daba tiempo a los terrestres para que desarrollaran el invento de Bloxmar, la arrogancia de aquel atrasado pueblo crecería en medida proporcional a su potencia bélica, y entonces sí sería superfluo tratar de conseguir de los terrícolas la autorización de desembarco que preconizan los creotas.

Nuestro primer ministro Mareth se levantó para contestar a su colega rojo, diciendo que ese "peligro inminente" era en realidad un peligro muy remoto, pero que el gobierno de su majestad estaba dispuesto a destacar una comisión de parlamentarios que fuera a entrevistarse con los representantes de las naciones terrícolas en la O. N. U.

-Tonterías -espetó su grosero antagonista el presidente de los Estados Taryat-. Ir a solicitar permiso de los terrícolas para desembarcar, sería superfluo y contraproducente a la vez. Ellos se opondrían terminantemente, y todo lo que se habría conseguido sería avisarlos de nuestras intenciones. Tenemos que ir a la Tierra, sí. Pero no en embajada de paz, sino dispuestos

a ganarnos el derecho de vivir en ella por la fuerza de nuestras armas.

-Olvide Su Excelencia las armas -repuso Mareth secamente-. Hay una posibilidad de llegar a un acuerdo con los terrícolas, si limitamos nuestra ambición a ocupar territorios yermos como el desierto de Sahara en África y la Patagonia en América del Sur. Ofrezcamos a los terrícolas una compensación justa en forma de ayuda económica a sus pueblos más atrasados. Enseñémosla a procurarse los alimentos por medios industriales, liberándolos de la esclavitud a la tierra que cultivan y la caprichosa meteorología que fecunda sus cosechas. Ayudémosles a ser un pueblo feliz, y todos seremos felices en la Tierra.

-Muy bien -repuso el presidente taryita abruptamente-. Ocupemos un territorio en la Tierra, y luego los aplacaremos ofreciéndoles nuestra ayuda.

-Toda la ayuda que podamos ofrecer a los terrícolas no les hará olvidar si derramamos una sola gota de su sangre. Y los terrícolas derramarán su sangre en defensa de su patria si nosotros bajamos sobre ellos matando y destruyendo.

-Creo -dijo el presidente taryita- que estamos perdiendo lamentablemente nuestro tiempo. La delegación de Taryat no ha venido aquí a escuchar sugerencias ya olvidadas de sabidas, sino a hacer firme su determinación de invadir la Tierra... con o sin la cooperación de la nación creota.

-Eso parece un ultimátum.

-Sí, es un ultimátum -dijo el presidente taryita. Y descargó un furioso puñetazo sobre la mesa antes de agregar-: Dentro de cincuenta horas, cualquiera que sea la decisión del Imperio creota, las Fuerzas Sidéreas de los Estados Unidos Taryat despegarán de Marte para conducir nuestro ejército de invasión a la Tierra.

Un fuerte murmullo estalló en la sala a renglón seguido de la arrogante declaración del presidente Upmon-Clane.

CAPÍTULO VI

Dando por terminada la conferencia, la comisión taryita se puso en pie y abandonó la sala en flagrante desprecio de la etiqueta creota, según la cual debía ser el emperador el primero en hacerlo.

Yo salí inmediatamente detrás de la comisión en busca del profesor Bloxmar.

Encontré al terrícola todavía bajo los efectos de la droga hipnótica, lo tomé de un brazo y lo llevé hasta el automóvil que nos había traído una hora antes.

Mientras conducía el coche a lo largo de las monumentales avenidas de Doab hacia el barrio terrícola situado en el extrarradio de la ciudad, yo no podía apartar de mí cierta molesta sensación de peso en el estómago.

Este sentimiento de temor y preocupación, por lo demás, no era exclusivamente mío aquel día en Doab, y puede apostarse que lo mismo ocurría en las demás ciudades del imperio.

A poco de alejarme de la Plaza de Armas, yo iba encontrando ante mi automóvil una afluencia de gente cada vez mayor, lo cual me obligaba a reducir la marcha. Ocurría que la población doabita, después de haber presenciado la conferencia por televisión, se lanzaba a la calle para expandir su indignación, su temor y su desagrado.

Supongo que al otro lado de la línea del ecuador marciano, los taryitas se lanzaban también a los túneles de sus grandes ciudades subterráneas en pública manifestación de carácter opuesto al de nuestro pueblo.

Allí quizás, los taryitas que también habían seguido las peripecias de la conferencia pegados a sus televisores, saldrían a la calle agitando banderas y entonando himnos patrióticos.

Para el taryat, que durante 20.000 años había estado preparándose para invadir la Tierra, la declaración de su presidente culminaba un largo período de impaciente espera. La indecisión de su política acababa de resolverse en dramático e irrevocable desafío. Mucho era lo que ambicionaba el taryat, y en conseguirlo lo arriesgaba todo.

Lo malo era que al envolvernos en sus planes, el taryat nos obligaba a los creotas a arriesgarlo también todo.

Una inminente tempestad se cernía sobre nuestras cabezas. Marte entero se agitaba víctima de la psicosis de guerra. Si para evitar ésta cedíamos, todo lo que se conseguiría sería aplazar la guerra, no evitarla por completo.

Y mientras la retrasábamos, la sangre de aquella raza que nos ignoraba en la lejanía de sus 60 millones de kilómetros, correría con profusión sobre el fértil suelo de su planeta Tierra.

Albert Bloxmar, a mi lado, iba recobrándose de su estado de

semiinconsciencia a medida que avanzábamos por las calles repletas de gente. Cuando al cabo de media hora alcanzamos el barrio terrícola, estaba completamente lúcido y normal.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó.

Se lo dije.

-Me parece que con todas las cosas que he dicho, he metido un poco más de leña al fuego -murmuró él apesaradamente-. Esos malditos rojos tienen ahora un buen pretexto para apresurar la invasión.

-No se preocupe -le dije sonriendo con tristeza-. Con pretexto o sin él, los taryitas estaban decididos a emprender el asalto de la Tierra cuando vinieron a entrevistarse con nosotros.

Habíamos llegado al barrio extranjero. Éste, enclavado en lo que pudiéramos llamar suburbio de la ciudad, era de construcción relativamente reciente, si se le comparaba con la Plaza de Armas y las avenidas concluyentes en ella, que habían sido excavadas hacía veinte mil años por nuestros gigantescos y remotos antepasados, y daban claras muestras de vetustez en sus bóvedas constantemente reparadas.

El barrio extranjero, habitado exclusivamente por terrícolas, era de techos más bajos y túneles más estrechos que el común de la ciudad antigua. Con todo, sus habitantes no tenían nada que echar de menos si comparaban a su barrio con el populoso Broadway neoyorquino.

Como en un barrio cualquiera de Nueva York, los niños hijos de terrícolas jugaban al béisbol y al fútbol en plena calle bajo la mirada bondadosa de un agente de la autoridad marciano que ni siquiera llevaba porra.

Gentes de todas las razas se mezclaban allí hablando todos los idiomas de la Tierra.

Un policía nos señaló el edificio a donde habían sido conducidos los terrestres últimamente llegados. Aparqué el automóvil frente al espacioso patio y nos apeamos.

Entramos a preguntar en la vivienda de la planta baja. El habitante de los bajos era un italiano que estaba cómodamente repantigado en una butaca, frente a un televisor en funcionamiento. El italiano, con la locuacidad propia de los de su raza, nos señaló la pantalla del televisor.

-¡Vaya! -exclamó-. Para presumir tanto de sus Fuerzas Sidéreas, esos taryitas están haciendo el ridículo a lo grande. Fíjense, uno de sus cruceros siderales se niega a despegar.

El italiano hablaba en creota, que es en último recurso la lengua que emplean los terrícolas de distintas nacionalidades para entenderse entre sí. Miré a la pantalla.

Por lo visto, la estación estatal de televisión había querido seguir la marcha de la comisión taryita hasta el final. Y lo que ahora veíamos era el

aeropuerto nacional de Doab con su liso y oscuro pavimento de lava volcánica y una astronave taryita en primer término.

Que una astronave marciana, así fuera creota o taryita sufriera averías que le impidieran despegar, era algo tan nuevo y fuera de lo corriente que necesariamente había de llamar mi atención.

También la voz del locutor sonaba impaciente e intranquila.

-Algo extraño ocurre -dijo con acento de ansiedad-. Todas las astronaves taryitas abandonaron ya el aeropuerto, pero alguna cosa impide despegar al último crucero de su escolta... ¡Atención, suena la señal de alarma!

El alarido espeluznante de una sirena, en efecto, llegó distintamente hasta nosotros a través del receptor.

-¿Qué diablos...? -empezó a murmurar el italiano.

Las cosas se sucedieron con rapidez vertiginosa.

La perspectiva de la astronave se alejó como si la cámara hubiera dado un salto de muchos metros atrás, y un grupo de hombres armados y acorazados entró en el campo visual corriendo en dirección al crucero rojo.

Al mismo tiempo, dos macizos blindados rodaron sobre el liso pavimento de lava volcánica avanzando velozmente sobre el buque inmovilizado.

-Las patrullas de emergencia se dirigen hacia el crucero rojo -anunció la voz emocionada del locutor-. Parece que la tripulación no contesta a la interpelación del comandante del aeropuerto... algo parece que va a ocurrir... los blindados enfilan con sus cañones al crucero taryita. No...

La voz del locutor quedó interrumpida al mismo tiempo que la pantalla se volvía súbitamente blanca...

Algo parecido a un violentísimo terremoto estalló en cualquier parte sacudiendo el piso, haciendo temblar las paredes, echándonos a rodar por el suelo... desprendiendo del techo cascotes de cemento, vigas de acero y chorros de polvo que cayeron sobre nosotros medio sepultándonos y ahogándonos.

Un fragor terrorífico, parecido al de un millón de trenes expreso, pasó sobre nuestras cabezas.

Las paredes se cuartearon, los muebles crujieron bajo las grandes glebas de cemento, las luces se apagaron... y algo parecido a un grito de terror, surgido a cinco millones de gargantas enronquecidas, vibró a través de la ciudad como eco de una explosión pavorosa que rodó a modo de proyectil acústico a lo largo de los túneles oscurecidos.

Allí, en aquella horrible oscuridad que de pronto nos envolvió, la conciencia de algo espantoso que estaba ocurriendo nos atenazó el pecho con la garra fría del instintivo temor a la muerte.

Después del aterrador estampido, un largo trueno de moles que se

desprendían de los techos, de muros que se derrumbaban sobre las calles y de ascensores que se precipitaban contra el fondo de los pozos, resonó por largo rato entre un clamor de gritos, de voces que llamaban, de sollozos y desgarradoras demandas de auxilio...

* * *

Cuando el rumor del último peñasco se diluyó en el tenebroso eco de los túneles, al quedar todo en calma, la voz angustiosa de los heridos y moribundos cobró patético vigor en el silencio de la ciudad sepultada.

Allá en la calle, unos cables eléctricos chisporroteaban en cortocircuito y un leve resplandor de incendio entró por la ventana despejando en parte la densa y horrible oscuridad.

Me vi en un rincón, con una viga de acero sobre mi cabeza apuntalando el techo hundido del piso superior. Y también vi al profesor Bloxmar incorporándose a medias entre un montón de escombros bajo los cuales asomaban las ensangrentadas extremidades del italiano dueño de la casa.

Salí a gatas del rincón y salté entre los cascotes para ayudar a Bloxmar.

-¿Se encuentra bien?

-Eso creo. ¡Dios santo! ¿Qué ha ocurrido? -preguntó el terrícola.

-No lo sé -respondí-. Aunque es posible que lo ocurrido esté relacionado con aquel destructor o crucero taryita que se negaba a despegar. Si no me equivoco, los taryitas dejaron ex profeso atrás ese buque con una bomba termonuclear de hidrógeno dentro para que hiciera explosión después que la delegación roja hubo abandonado el aeropuerto.

-¡Una bomba de hidrógeno! -exclamó Bloxmar-. ¡Válgame Dios! La ciudad debe haber quedado totalmente destruida.

Algo parecido estaba pensando yo.

Pensaba en la Plaza de Armas con su altísima y vetusta bóveda situada directamente debajo de la enorme gruta que formaba el aeropuerto. Pensaba en el Palacio del Congreso, en mi abuelo el emperador y el resto de mi familia.

Un estremecimiento de frío recorrió mi espina dorsal. Creo que proferí una exclamación ronca. Salté sobre los montones de escombros y fui a asomarme a la calle.

Delante de la casa, el automóvil que nos había traído a Bloxmar y a mí yacía completamente aplastado bajo un peñasco de varias toneladas. La calle, a lo que pude ver entre las nubes de polvo a favor del chisporroteo de los cables, estaba llena de grandes rocas, montones de ladrillos y restos de muebles procedentes de un edificio cuya fachada se había derrumbado sobre el túnel.

Volví hacia dentro en busca de Bloxmar. Una linterna eléctrica vino desde el fondo del patio y una voz exclamó:

-¡Príncipe Yago!

Era el coronel Curio, cubierto de polvo de pies a cabeza y mostrando en el rostro algunos sangrientos arañazos.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó el coronel-. ¿Qué ha sido eso? Parecía un terremoto. ¿Os encontráis bien?

-Por puro milagro, Curio. Según todas las apariencias, la comisión parlamentaria roja dejó atrás una de sus astronaves con una bomba de hidrógeno que hizo explosión en el aeropuerto poco después de haber salido el presidente Upmon-Clane. Toda la montaña debe haber volado. Y si mis temores resultan ciertos, las bóvedas del centro de la ciudad deben haberse desplomado sobre el Palacio del Congreso. Debo ir allá inmediatamente y ver qué ha ocurrido -le dije rápida y agitadamente.

-Iré con vos.

-¡Coronel! ¡Coronel! -llamó una voz aguda desde el fondo de las ruinas.

La señora Dilmeyer llegó seguida de *miss* Pearl Haynes y el profesor Waksman, el cual venía chamuscándose los dedos con una cerilla.

-¡Ah, es usted, príncipe! -exclamó la dama con alivio-. Temí que nos hubieran abandonado. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha sido ese espantoso ruido?

Mi impaciencia por correr hacia el centro de la ciudad no me permitía entretener mi tiempo en nuevas y fastidiosas explicaciones.

-Curio les explicará -dije-. Lo dejo aquí para que cuide de ustedes. ¿Dónde se encuentra la tripulación del "Charlotte"?

-No había suficientes habitaciones aquí y tuve que alojarlos en un piso de enfrente -repuso el coronel Curio.

-¿Justamente enfrente?

-Para mayor tranquilidad de nuestros huéspedes, ellos podían verse y saludarse de ventana a ventana, a través de la calle.

Aspiré profundamente el aire antes de anunciar:

-La casa del otro lado de la calle se ha derrumbado.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó la señora Dilmeyer-. ¡Pobre capitán Leigh, y Tom, y...! ¡Oh, qué horrible!

-Puesto que van a disponer de mucho tiempo para ello, podrían ustedes dedicarse a apartar escombros y buscar a sus compatriotas. Tal vez no hayan muerto, o quede alguno con vida... Siento no poder entretenerme más, pero temo que también mi familia esté sepultada bajo los escombros del Congreso. Nos veremos.

Salí rápidamente antes que ellos dijeran nada que pudiera entretenerme un segundo más y tomé sobre los montones de rocas y ladrillos el camino hacia el centro de Doab.

* * *

Hasta el límite de la zona de ensanche de la ciudad pude avanzar con relativa rapidez.

Luego, la cosa se fue agravando a medida que andaba por el intrincado dédalo de corredores hacia la parte ancha de la capital, donde la destrucción era mayor a medida que aumentaba la anchura de los túneles y la altura de las bóvedas.

Varias hogueras habían sido encendidas con los pocos materiales combustibles de nuestra ciudad, y estas fogatas escalonadas eran con el medroso chisporroteo de los cables eléctricos de alta tensión toda la luz ambiente que iluminaba un cuadro de horror.

La escena que me rodeaba por todas partes era de desolación, de muerte y de ruina.

Las grandes avenidas, incluidos sus verdes parques, aparecían obstruidas por verdaderas montañas de rocas y ladrillos. Y allí los daobitas, con el aire ausente de los sonámbulos, iban desatentamente de un lado a otro levantando vigas y escombros, buscando a sus familiares, llamándose con acento del más patético dolor...

El caos producido en la ciudad trajo como consecuencia que tardaran en organizarse los servicios de socorro. Pasaron tres largas horas antes que yo empezara a encontrar alguna actividad coordinada en las gentes y los miembros de la policía que se movían entre los escombros. Poco después me daba alcance una compañía de la Guardia Nacional equipada con sillas voladoras.

Pasaron volando como grandes sombras sobre mi cabeza y fueron a detenerse un poco más allá uniéndose al público que desescombraba una casa derruida en busca de heridos y supervivientes.

Después de esta compañía, otra pasó sobre mi cabeza y la unidad que ya estaba prestando auxilios para aterrizar un poco más adelante.

Alguien pues se estaba ocupando de prestar los debidos socorros.

Aquellas fuerzas debían haber venido por los “tubos” horadados en el subsuelo del planeta desde el Arsenal situado a casi cien kilómetros de Doab.

Llegaban en oleadas sucesivas e iban avanzando poco a poco, aunque eficazmente, hacia el centro de la capital en ruinas.

Me di a conocer al capitán que mandaba la compañía más próxima y le expuse mis deseos; que me facilitaran un equipo volador para llegar a la Plaza de Armas y ver de averiguar qué había sido de la familia imperial.

Poco después me encontraba volando en compañía de una patrulla de soldados sobre las montañas de escombros en dirección al centro de Doab.

No pudimos llegar muy lejos. Tres kilómetros lejos de la Plaza de Armas encontramos el paso bloqueado por un derrumbamiento que obstruía completamente la gran Avenida Jan desde los sepultados parques y jardines

al techo de roca.

Volvimos atrás para dar una vuelta por una avenida lateral, aunque con el mismo negativo resultado.

Mi angustia, entretanto, había ido aumentando con la incertidumbre y el rápido trascurso de las horas. Estaba desalentado, muerto de fatiga y con los nervios destrozados cuando me tropecé con el mariscal Lvov, jefe del Primer Cuerpo de Ejército con guarnición en el arsenal Dulak, a unos cien kilómetros de Doab.

-¡Príncipe Yago! ¿Qué estáis haciendo aquí? -exclamó el mariscal enfocándome con la luz de su linterna.

La alegría manifiesta de Lvov, como enseguida pude saber, se debía a que llevaba cinco horas buscando un acceso hasta la Plaza de Armas y el Palacio del Congreso, al mando de un batallón de zapadores con un equipo de demolición. Lvov acababa de completar su vuelta al casco de la ciudad sin encontrar un camino abierto. Tenía por lo tanto razones para creer que toda la familia imperial había sucumbido con el Gobierno en pleno, y el alivio de encontrarme a mí con vida lo que de tal modo le alegraba.

-¿Así pues, no hay esperanza de poder llegar hasta Palacio? -le pregunté con un hilo de voz.

-Lo hemos intentado todo, incluso el paso por las cloacas y los túneles del "metro". El derrumbamiento del centro de la ciudad es total. Sinceramente he de deciros que hay muy pocas esperanzas de que alguien de vuestra familia esté con vida.

Me dejé caer sobre una roca. No sé cuánto tiempo permanecí allí con la cabeza entre las manos, bajo la grave y dolorida mirada de los soldados y el mariscal Lvov. La magnitud de mi desgracia era quizás demasiado grande para que yo mismo pudiera comprenderla. Quizás fuera esto mismo lo que me salvó de enloquecer.

-¡Todos, todos muertos! -no cesaba yo de exclamar-. No puedo comprenderlo. ¡No puedo comprenderlo!

Luego me aferré a la esperanza de que alguno de mis familiares pudiera quedar con vida sepultado bajo los escombros del palacio. Le sugerí esta posibilidad al mariscal.

Lvov sacudió la cabeza con tristeza.

-Aun cuando los hubiera, nada podríamos hacer por ellos. No es mera cuestión de días, sino de semanas el llegar con nuestros equipos de excavación hasta los restos del palacio. En ese tiempo, cualquier posible superviviente habría muerto varias veces.

Intenté discutir con el mariscal.

-He de deciros otra cosa, alteza -me repuso Lvov-. La ciudad tiene que ser evacuada lo más rápidamente posible. Hay numerosas fugas de aire a través de los agujeros producidos por el derrumbamiento, y han quedado

estropeados los equipos de oxigenación y ventilación.

Esto era definitivamente grave y parecía acabar de golpe con cualquier esperanza de rescatar a los sepultados con vida que a millares debían quedar bajo los escombros de la ciudad.

Doab tenía que ser evacuada inmediatamente, y esta empresa era de una magnitud colosal, como no puede conocerse en la Tierra, donde a los habitantes de una ciudad como Nueva York o París les basta con montarse en los trenes o alejarse a pie por las carreteras.

Recuérdese que el marciano de nuestros días había sido acostumbrado a respirar una atmósfera similar a la del planeta Tierra, y que fuera de nuestra ciudad nosotros no podíamos respirar sin llevar por lo menos máscaras de oxígeno y trajes adecuados a la temperatura y las bajas presiones atmosféricas del medio ambiente exterior.

Tal conciencia del inminente peligro de asfixia en que se encontraban quizás cuatro millones de daobitas supervivientes de la catástrofe, sirvió al menos para sustraerme de mi egoísta aflicción para pensar en el prójimo.

-Venid conmigo, alteza -dijo el mariscal Lvov-. Tenemos que volver al Arsenal para ocuparnos inmediatamente de éste y otros asuntos relacionados con el estado de emergencia de la ciudad.

Cedí blandamente a los tirones que me daba del brazo. Y, no sin lanzar una mirada de dolor y de rabia sobre la montaña de escombros que nos cerraba el paso, seguí a Lvov camino del Arsenal.

CAPÍTULO VII

Nuevas y nefastas noticias nos aguardaban a nuestra llegada al Arsenal.

Según informaciones recibidas por radio desde las estaciones vigías de Phobos[1], grandes contingentes de infantería pesada taryita, encabezados por columnas acorazadas, habían sido vistos cruzando la línea del ecuador marciano en dirección a Doab.

Varios de nuestros puestos fronterizos de escucha habían confirmado posteriormente esta noticia, asegurando haber visto cruzando el espacio densos enjambres de infantería volante en marcha sobre la capital del imperio. Y, por último, el cinturón defensivo de la ciudad daba cuenta de estar siendo atacado por estas fuerzas taryitas precursoras de la invasión.

Nuestro Arsenal no había sufrido daños y cuando nosotros llegamos allá, los altavoces transmitían el siguiente indignante mensaje:

-Escuchad, creotas. Os habla la voz de la libertad de los Estados Unidos Taryat. Declarado el estado de guerra entre el gobierno taryat y el emperador Taos, hemos de comunicaros que Doab, la capital del imperio, fue destruida hoy por un ingenio nuclear de gran potencia. El emperador Taos ha muerto. Y con él, los herederos del trono, su Gobierno y sus detestables consejeros, yacen enterrados bajo los escombros de la ciudad... Simultáneamente con el aniquilamiento de Doab, fuerzas del ejército taryat cruzaron la línea del ecuador dando comienzo a la invasión que no se interrumpirá hasta la total ocupación del imperio y la rendición del último cuerpo del ejército creota... ¡Escuchad, creotas! Sois un pueblo vencido... Deponed las armas... evitadnos un inútil derramamiento de sangre y uníos al pueblo taryat en la magna empresa de conquistar la Tierra para la gran nación marciana... sin distinción de credo ni de razas. ¡Creotas, rendíos ante el invicto ejército rojo!

Cuando los altavoces dejaban oír el desvergonzado mensaje de los rojos, nosotros acabábamos de entrar en la enorme gruta artificial que sirve de base a nuestras escuadrillas de intercepción aérea.

Lvov entró furiosamente en la dependencia de la torre de vuelos de nuestro gigantesco aeródromo subterráneo y se encaró con el almirante Larth, que estaba riéndose sentado junto al aparato de radio.

-¿Qué significa esa difusión de la proclama taryita? -chilló el mariscal-. ¿Se propone usted corromper la moral de nuestras fuerzas?

-¿Quién va a corromper nuestra moral? ¿El graznido de ese insolente locutor rojo? -exclamó Larth-. ¡Su “invicto” ejército! Todo el mundo sabe que los hemos derrotado una y otra vez desde que Dios creó el mundo, y volveremos a vapulearlos esta vez como ha ocurrido siempre. ¿Cómo van a corromper nuestra moral? ¿No ve usted reírse a nuestros muchachos?

En efecto, había en aquella dependencia más de una docena de hombres

y mujeres jóvenes con una sonrisa de desdeñosa suficiencia en los labios a quienes la jactanciosa conminación del enemigo no parecía producirles otra cosa que sordo y amenazante regocijo.

De cualquier forma, nuestra situación no era al presente para reírse.

Teníamos cuatro millones de hombres, mujeres y niños a quienes evacuar, y al “invicto” ejército rojo a las puertas de nuestra derruida ciudad.

Y esto no era todo, porque el país se encontraba ahora en un grave e inminente riesgo de invasión.

Habíamos perdido de un solo golpe emperador, Gobierno y Estado Mayor. ¿Qué podía hacer una nación de 800 millones de almas sin un gobierno director, ni siquiera un Estado Mayor coordinador?

La respuesta del mariscal Lvov fue seca como un trallazo.

-Vos sois ahora nuestro emperador.

Guardé reflexivo silencio. En nuestro país, el príncipe heredero asciende automáticamente a la corona a la muerte del emperador. Si mi ilustre abuelo y mi padre habían muerto, como todo hacía suponer, yo era en verdad el único e indiscutible emperador.

El mariscal prosiguió en vista de mi silencio.

-En un caso de emergencia como el presente, nuestro emperador tiene atribuciones para cerrar el Congreso y asumir la dirección personal de los asuntos de la nación. Inútil es hablar de suspender las deliberaciones parlamentarias, siendo así que el enemigo ha liquidado nuestro Congreso con su bomba de hidrógeno. También hemos perdido nuestro Estado Mayor, pero vos podéis nombrar otro en sustitución del anterior. Todavía nos quedan muchos y muy buenos generales y almirantes, por fortuna para todos.

-¿Cree usted que debo hacerlo? -pregunté, abrumado bajo el peso de la tremenda responsabilidad que acababa de caer sobre mis hombros.

Lvov contestó:

-No soóo creo que debéis hacerlo. Creo que es lo único que se puede hacer en estas apuradas circunstancias. Vos sois ahora la única persona con suficiente autoridad para nombrar un Estado Mayor y asumir la dirección de los asuntos de estado. El enemigo contaba seguramente con el caos que produciría la aniquilación completa de nuestro Gobierno, pero no pudo prever que vos escaparíais a la catástrofe. Ahora, si queremos que la catástrofe no sea total, debéis poneros a salvo abandonando Doab para reuniros con nuestros almirantes y generales en otra ciudad cualquiera; por ejemplo en Jan. Jan se encuentra en el mismo casquete polar, más alejado de la frontera que cualquier otra ciudad creota. Por lo tanto, aunque la invasión se resuelva favorablemente al principio para el taryat, sus fuerzas tardarán aún algunos días en llegar al Polo.

Convine con Lvov que Jan era una buena ciudad para establecer nuestro cuartel general, y dispuse acto seguido que se citara por radio a unos cuantos generales y almirantes prestigiosos, a fin de reunirnos en Jan en el plazo de 24 horas.

Luego nos ocupamos de la evacuación de Doab, despachando órdenes radiadas a las unidades patrulleras de la policía para que impartieran instrucciones entre la aterrada población.

De los tres gigantescos “tubos” que comunicaban al Arsenal con la capital, uno fue reservado para el tránsito de los vehículos ocupados en la evacuación de heridos.

Media hora después de dar la orden de evacuar, los otros dos túneles no se bastaban para contener a la apretada multitud en marcha hacia el Arsenal.

Obedeciendo instrucciones mías, un patrullero aéreo de la policía metropolitana trajo a la base aérea al coronel Curio, a la señora Dilmeyer, a la señorita Haynes y a los profesores Waksman y Bloxmar. Los terrícolas fueron traídos por Curio a mi presencia.

-¿Es cierto que le han nombrado a usted emperador? -me preguntó la dinámica señora Dilmeyer a boca de jarro.

-No se trata exactamente de un nombramiento, madame -hube de rectificarle-. Nuestra Constitución dispone que a la muerte de nuestro emperador le suceda su primer descendiente varón por línea directa. Por lo tanto, y a menos que todavía viva el emperador o aparezca vivo mi ilustre padre, yo soy el sucesor de Taos de Yarthag por línea directa de descendencia.

-¿Fue usted personalmente quien envió a esos simpáticos policías en nuestra búsqueda?

-Sí, *madame*.

-Bien -dijo la desconcertante dama con un suspiro-. Por algo se dice que es bueno tener amigos influyentes incluso en el infierno.

-Estamos evacuando la ciudad -dije conteniendo una sonrisa-. Y he dispuesto que vengan ustedes conmigo. Estoy profundamente apenado por lo ocurrido al capitán Leigh y a la tripulación del “Charlotte”, y mi conciencia me recriminaría si no hiciera cuanto estuviera de mi mano para ponerles a salvo en Jan. Por lo tanto me acompañarán en mi propio acorazado.

-Es lo menos que puede hacer por nosotros, señor emperador -repuso la señora Dilmeyer-. Pero diga, ¿qué es eso de acompañarle en un acorazado? Creí que no quedaban océanos en Marte por donde pudieran navegar acorazados ni barcos de cualquier otra cosa.

-Sus suposiciones son acertadas, señora Dilmeyer -medió atentamente el coronel Curio-. En Marte no hay océanos, ni siquiera un charquito de

agua donde un niño pueda hacer flotar su barquichuelo de juguete. Nosotros llamamos "acorazados" a lo que ustedes llaman "tanque" en la Tierra.

-¡Dios mío! ¿Y vamos a utilizar un medio tan incómodo para viajar hasta esa ciudad llamada Jan? ¿Por qué no hacerlo en uno de sus rápidos y silenciosos "platillos volantes"?

-Porque si lo hiciéramos en un "platillo volante" tendríamos muy escasas probabilidades de llegar a Jan con vida, señora -dijo. Y expliqué a continuación cuál era el estado de cosas.

La infantería aérea enemiga -hombres equipados con sillas voladoras, trajes blindados y armas ligeras- acababa de llegar precediendo a las tropas de infantería pesada o mecanizada y ocupaban en número de varios millares el territorio al aire libre sobre nuestra sepultada ciudad.

Detrás de la infantería aérea, la infantería mecanizada había efectuado un movimiento envolvente dentro del cual se encontraba Doab y el gigantesco Arsenal. Si intentáramos escapar tripulando un "platillo volante", los centenares de miles de fusiles y ametralladoras atómicas de la infantería roja darían buena cuenta de nosotros apenas asomáramos la nariz por uno de los múltiples "tubos" de salida al exterior.

-Es más seguro intentar la salida al mismo tiempo que nuestros acorazados y nuestras tropas de infantería mecanizada. Probablemente habrá una dura batalla cuyo resultado final es muy difícil de prever. Más así y todo, es más seguro el "tanque" que un aparato aéreo cualquiera.

Apenas acababa yo de decir esto, cuando el piso y las paredes de nuestra subterránea habitación empezaron a vibrar.

-¿Qué es eso? -preguntó *miss* Haynes-. ¿Vamos a tener otro terremoto con su consiguiente derrumbamiento?

-Tranquilícense. Estos temblores son causa del bombardeo atómico previo que estamos haciendo para alejar a la infantería aérea roja y ocultar nuestros movimientos en el humo y el polvo de las explosiones.

Les hice seña para que me acompañaran y salimos a la gran base aérea.

La muchedumbre procedente de Doab se vertía en dos densos y continuos chorros sobre el aeródromo y ponían en apuros a las fuerzas encargadas de encauzar aquel desbordamiento humano.

En Cretia, al contrario de lo que ocurre en Taryat, nuestros efectivos militares en activo son insignificantes y sólo existen a modo de órgano preventivo contra una posible agresión de nuestros enemigos, los "hombres rojos" de Marte. En cambio, todos nuestros súbditos, sin distinción de sexos ni edad, reciben una periódica y regular instrucción militar en el cuadro de lo que nosotros llamamos "regimientos fantasma".

Un "regimiento fantasma" es una unidad de combate que sólo existe sobre el papel.

Cada hombre, cada mujer del imperio, tiene asignado un cuerpo de ejército, un regimiento y una unidad a la cual pertenece de hecho. En nuestros gigantescos arsenales, en perfectas condiciones de conservación, están inmóviles las máquinas, las armas y el equipo de este “ejército fantasma”.

Si alguna vez se produjera un caso de emergencia como el presente, cada soldado, hombre o mujer, sabría a qué punto debería dirigirse y en qué sitio encontrar su máquina o su equipo militar.

Así pues, y dentro del desorden imperante en este día, los ciudadanos de Doab procedían con cierto tumultuoso orden al correr hacia los almacenes y hangares en busca de sus máquinas y armamento. Sólo que formando parte del contingente personas que por su condición no estaban encuadradas en las filas de nuestros “regimientos fantasma”, tales como niños, extranjeros, científicos y burócratas, la confusión era de un calibre no previsto por nuestros estrategas.

Era tontería tratar de encontrar un vehículo libre en medio de aquel caos de hombres y mujeres que corrían en medio de una gritería infernal. Por lo tanto tuvimos que marchar a pie en busca de la base de blindados.

Nuestros arsenales, enteramente excavados en la roca, son de una complejidad enorme, con centenares de kilómetros de túneles, pasadizos, rampas, ascensores, escaleras... Era sumamente fácil perderse en aquel intrincado laberinto, y más de la mitad de la gente andaba enteramente despistada buscando en las encrucijadas los planos y carteles indicadores de dirección...

Nosotros teníamos un buen guía en Curio, el cual nos condujo sin vacilaciones hasta una gigantesca plataforma que nos elevó hasta la base de blindados.

*   *   *

Los tácticos terrícolas que creen haber llegado respecto a sus “tanques” al límite del peso y la potencia, debieran venir a Marte para comprender hasta qué punto se han equivocado, y ver por sus propios ojos el gran porvenir que todavía espera a sus pesadas máquinas.

El hombre no ha construido todavía una segunda máquina tan impresionante como un carro de combate que se desliza sobre el suelo moviendo sus dentadas cremalleras, rugiendo y haciendo temblar la tierra por donde pasa. Y esta rotunda afirmación sirve también para Marte, en donde los hombres hemos construido máquinas tales que aterrarían al más avanzado “carrista” de las divisiones acorazadas de la Tierra.

En primer lugar, nosotros tenemos lo que pudiéramos llamar ventaja de nuestra pequeña fuerza de gravedad.

Construidos con los mismos pesados aceros que se utilizan en la Tierra,

los carros de combate marcianos podrían ser tres veces más grandes aquí para un motor de igual potencia.

En realidad, la desproporción es mucho menor debido a la ligereza de nuestros aceros y la tremenda potencia de los motores atómicos que confieren a nuestros carros un radio de acción prácticamente ilimitado.

Con una gravedad tres veces más pequeña, utilizando materiales diez veces más livianos y motores atómicos de una potencia jamás igualada por la industria terrícola, el carro marciano es una verdadera fortaleza mecánica con tantas torres y cañones como un buque acorazado de la flota norteamericana terrícola.

Y aun sin llegar a ser tan grande, es positivamente un millón de veces más eficaz en razón de la tremenda potencia destructora de sus armas atómicas.

Nada parece capaz de detener a uno de estos monstruos cuando se desliza sobre sus cremalleras a través de los dilatados desiertos de arena de nuestro moribundo globo. Y sin embargo, hay algo que puede detenerle; otro carro acorazado.

El espectáculo de dos de estos gigantes de acero acometiéndose a cañonazos, o más aún de dos divisiones acorazadas rivales destrozándose mutuamente con granadas atómicas, es algo pavoroso que se resiste a toda descripción.

Sin embargo, el terrícola que conociendo los planes de invasión marcianos tiembla por la suerte que pudiera caber a una división acorazada terrestre frente a uno solo de estos castillos de acero sobre cremalleras, puede sentirse perfectamente tranquilo.

En primer lugar, estas máquinas son demasiado grandes y pesadas para ser llevadas a la Tierra a bordo de una astronave.

Y en segundo lugar, una máquina de esta clase trasplantada a la Tierra, se hundiría profundamente en el blando suelo de aquel planeta aplastado por la tremenda fuerza de gravedad de ese mundo.

Los carros marcianos se han construido para combatir en Marte, y jamás podrán ser llevados a la grande y pesada Tierra.

Pero acaso, sin ser tan espectacular y aterrador como un carro de los nuestros, tenga motivos el terrícola para temer a otra de nuestras armas. Éste es el soldado “robot”, término un poco ambiguo que a veces empleamos para designar a una máquina que no es enteramente automática, sino que va tripulada por el hombre.

Su aspecto se resiste a toda descripción comparativa, pero puede imaginarse un barril de petróleo de tamaño mayor que el corriente con una cabeza esférica... moviéndose sobre un par de esqueléticas piernas... balanceando unos brazos rematados en poderosas pinzas... y tendrá una imagen bastante aproximada de este grotesco monigote.

La máquina, en vez de rodar o volar, camina como una persona. Corre, salta, trepa... y se pone en pie ayudándose de rodillas y manos cada vez que se cae.

Las granadas atómicas que estallan a su alrededor en el combate les levanta, les tira rodando, les sacude como peleles...

El “robot” es duro, y a menos que un proyectil le haya alcanzado de lleno produciéndole averías serias en su mecanismo, él vuelve a levantarse. Avanza impasible entre las llamas... pasa entre las nubes de polvo radiactivo... cava su propia trinchera... maneja fardos y rocas con la fuerza y la habilidad de un ciclópeo cargador de muelles...

A estos tenaces soldados habíamos confiado la misión de romper el cerco del enemigo, avanzando en conjunción con los carros acorazados.

También teníamos como medio millón de armaduras y “sillas” voladoras, así como una numerosa y bien adiestrada fuerza aérea. Pero al menos en lo que se refería a la fuerza aérea, habíamos desistido de emplearla al comienzo de la batalla.

Varios millares de “platillos volantes” refugiados en una base subterránea, tienen el inconveniente de no poder salir todos a la vez al espacio.

Si hubiéramos intentado lanzar nuestras naves mientras el enemigo dominaba el territorio sobre nuestra ciudad, los “robots” del ejército rojo nos hubieran ido cazando uno a uno como inocentes palomas que van saliendo por la estrecha puertecilla de su palomar.

Por lo tanto, decidimos romper el cerco con nuestras fuerzas acorazadas apoyadas por infantería mecanizada, antes incluso de aventurar en la batalla a nuestras fuerzas de infantería aérea. Para neutralizar la superioridad numérica y de posición del ejército rojo, la IV Flota Sideral del imperio venía en nuestra ayuda desde su base en Kemok.

* * *

En nuestra base de acorazados, el movimiento y la gritería eran caóticos mientras tomábamos a bordo cuantos heridos, niños, ancianos y asustados terrícolas podíamos tomar.

Cuando los pisos de nuestros corredores estuvieron llenos de refugiados, cerramos las escotillas y nos pusimos en marcha.

Nuestro acorazado, moviendo sus cremalleras, rodó a lo largo de un enorme túnel siguiendo las luces zagueras de la máquina que nos precedía. Ascendimos una larga cuesta y salimos bruscamente al aire libre por la boca de una gruta que hasta poco antes había permanecido perfectamente enmascarada.

La cámara del comandante de un carro marciano se parece bastante al puente de mando de un buque acorazado, pero el marciano está más seguro

en su máquina que lo que suele estarlo un almirante terrícola en el puente de su barco.

La ilusión, en cambio, era completamente distinta. Nosotros parecíamos más expuestos.

Nuestra cabina, bastante espaciosa, tenía forma hexagonal. Cada uno de los testeros montaba una gran pantalla de forma apaisada, y en el techo teníamos otra pantalla más grande circular. Cada pantalla correspondía a un proyector de televisión, y cada cámara de televisión se hallaba emplazada en el exterior en un ángulo distinto alrededor de nuestro carro.

Cuando todas las pantallas se encontraban funcionando a la vez, la impresión que recibíamos era de estar en un mirador con grandes ventanales abiertos al exterior.

La realidad era otra. Entre nosotros y las escenas que se desarrollaban a nuestro alrededor, mediaban varios compartimientos estancos y la gruesa coraza de acero del carro. Y otro tanto podía decirse respecto al techo transparente que creíamos tener sobre nuestras cabezas. En realidad, la cámara de mando estaba situada en el centro del carro y sobre nosotros teníamos una torre giratoria de acero armada de tres gigantescos cañones.

La mayor parte de la noche había transcurrido entre órdenes y preparativos cuando salimos al exterior. Y apenas salimos, un espectáculo dantesco se ofreció a nuestros fatigados ojos.

La infantería “robot” del enemigo había abierto fuego contra los carros de cabeza de nuestra columna, de tal suerte que los acorazados ardían por decirlo así bajo el chisporroteo de las granadas atómicas de pequeño calibre que constantemente caían sobre nosotros.

Nuestros carros, a su vez, hacían tronar sus monstruosos cañones atómicos barriendo literalmente las filas de la infantería enemiga. Y en este furioso bombardeo, la noche no era tal, sino un fantástico crepitar de relámpagos verde-azulados entre los que se veía rebullir el fuego de las nubes radiactivas al elevarse a enorme altura en el espacio para formar esos extraños hongos que el terrícola no ha conocido hasta hace muy poco tiempo.

Los proyectiles atómicos que caían sobre nosotros eran inofensivos, al menos por el momento. No tenían bastante potencia destructora para horadar nuestro blindaje.

En cambio eran de un resultado psicológico impresionante, ya que hacían rechinar y retumbar las corazas de nuestros acorazados con un ruido espeluznante y ensordecedor, como si nuestra máquina fuera a romperse en pedazos de un momento a otro.

A fin de que estuvieran más cómodos y desahogados, yo había introducido a nuestros cuatro terrícolas en la cámara de derrota, dándoles asiento en uno de los rincones bajo una de las grandes pantallas de

televisión.

Con los ojos muy abiertos, mudos y encogidos en sus asientos, el profesor Bloxmar y el profesor Waksman miraban a través de la cámara hacia las pantallas del testero opuesto.

Miss Haynes, pálido el bello rostro, tenía los ojos cerrados y las manos crispadas sobre los brazos del sillón.

La señora Dilmeyer, aterrada, se tapaba los oídos con las manos y trataba de introducir la cabeza en su pecho a modo del avestruz, chillando cada vez que una granada nos daba de lleno o nuestro carro se hundía en el embudo de una explosión anterior para salir rezongando por la pendiente opuesta.

Diré para hacer honor a la verdad, que no eran los terrícolas los únicos que allí sentían miedo.

Nosotros, los marcianos, teníamos conciencia plena del poder de nuestras máquinas y una confianza de la cual carecían los terrícolas. Pero salvo esto y la instrucción recibida, éramos por lo menos tan novatos como nuestros huéspedes en las alternativas de una guerra atómica. Hacía más de 20.000 años que no sosteníamos una guerra.

Yo, el coronel Curio, la tripulación del carro y hasta el propio comandante Ura, todos estábamos pálidos como muertos.

Por el momento, sin embargo, todo marchaba bien. Estábamos pasando a través del ejército enemigo. No se había anunciado la tan temida presencia de los blindados rojos, y teníamos sobre nuestras cabezas a la IV Flota Sideral recién llegada en nuestro auxilio...

Pero nuestra buena suerte no iba a durar mucho.

Poco después, los teletipos de nuestro sistema de comunicaciones empezaban a teclear transmitiendo un mensaje en clave de la IV Flota Sideral.

-Ved esto, alteza -me dijo el comandante Ura mostrándome el papel arrancado del teletipo-. Nuestros exploradores aéreos acaban de dar con una gran columna acorazada enemiga avanzando paralelamente a nosotros por el este. El almirante Gak anuncia que se dirige hacia allí para atacar a los blindados rojos desde el aire.

-Esperemos que Gak dé buena cuenta de ellos -murmuré.

El teletipo siguió tecleando y un segundo mensaje llegó a nuestras manos pocos momentos después.

Una patrulla aérea exploradora acababa de descubrir una gran columna acorazada taryita que avanzaba con gran rapidez en dirección sur unos 80 kilómetros a nuestra derecha, o sea por el oeste.

Al parecer estábamos metidos en un estrecho callejón formado por dos densas columnas acorazadas enemigas a nuestra derecha e izquierda.

CAPÍTULO VIII

A la salida del sol nos encontrábamos en una zona de calma transitoria. Por el este y el oeste podíamos ver las gigantescas columnas de humo radiactivo cubriendo todo el horizonte a modo de una barrera que eclipsaba los rayos del sol.

Estas nubes oscuras, en cuya base chisporroteaba el relámpago verde-azulado de nuevas deflagraciones nucleares, eran producidas por las divididas fuerzas de la IV Flota Sideral atacando a las dos columnas blindadas que teníamos a derecha e izquierda.

Hacia el norte, o sea a nuestras espaldas, la batalla seguía furiosa entre nuestra infantería “robot” y la infantería de iguales características del enemigo.

Solamente al sur, o sea a nuestro frente, aparecía el horizonte libre de humos y de relámpagos de luz. Y hacia allá nos dirigíamos nosotros con nuestros carros atestados de heridos, de niños, de impedidos y asustados terrícolas.

La brusca difusión de la luz solar a través de la rarificada atmósfera de Marte, pareció trasmitir alivio al acobardado ánimo de nuestros invitados terrícolas.

-Al menos -dijo la señora Dilmeyer-, ya ha pasado ese horrible ruido de las bombas. ¿Está lejos todavía esa ciudad... Jan?

-Apenas nos hemos alejado unos pocos kilómetros de Doab, señora Dilmeyer. Pero no tema, no vamos a tratar de llegar a Jan en esta máquina. Nos refugiaremos en Ursab, a unos doscientos kilómetros al sur, de donde proseguiremos viaje a Jan por vía aérea... si es que el enemigo nos lo permite.

-No entiendo muy bien lo que está pasando en este horrible planeta, señor emperador -suspiró la señora Dilmeyer-. ¿Cuál es la verdadera causa de esta guerra?

-Si dejamos de considerar las mil y una razones que se agitan en el fondo de la cuestión, la guerra comenzó ayer cuando después de dirigirnos un ultimátum, el taryat hizo estallar una bomba de hidrógeno oculta en una de sus naves parlamentarias. Quizás un millón de daobitas perecieron en ese alevoso ataque, y entre ellos perdimos al emperador, al Estado Mayor General, y al Gobierno en pleno reunido bajo la cúpula del Congreso.

-No me recuerde aquello. Jamás olvidaré tan terrible experiencia.

-Ninguno de nosotros lo olvidará jamás en todos los años de su existencia -murmuré pensando en mis padres y mi familia sepultada bajo los escombros de Doab-. Al menos los creotas, no lo olvidaremos. Para ustedes, simplemente, será una experiencia que evocarán como una pesadilla cuando regresen a su patria. Nosotros...

-¿Cómo? -exclamó la señora Dilmeyer-. ¿Se burla de nosotros, señor emperador... o de veras tenemos alguna esperanza de regresar a la Tierra?

-Volverán -repuse recordando con nostalgia esas maravillosas 24 horas pasadas en West Palm Beach, Florida-. Y acaso entonces la señorita Haynes escriba un libro mejor documentado sobre todas las cosas que ustedes han visto en Marte.

Las negras pupilas de *miss* Haynes relampaguearon retadoramente.

-¿Se trata de una distinción personal que su alteza hace en honor nuestro... o esa amnistía comprende también a todos los millares de prisioneros terrícolas que vimos en Doab?

Probablemente el acento retador de la escritora me molestó más que el tono acusador de la pregunta.

-Por supuesto, todo el terrestre que quiera hacerlo podrá regresar a su país de origen -contesté.

-¿Cómo eso? ¿Es que ha dejado de preocuparles que se sepa en la Tierra la existencia de una raza en Marte que aspira a conquistar nuestro mundo?

-Nosotros, y al decir "nosotros" me refiero al pueblo creota, no aspiramos a dominar la Tierra ni a esclavizar al terrícola, señorita Haynes -dije con aspereza-. Antes bien al contrario, acabamos de perder a un millón de nuestros súbditos, y con ellos a nuestro emperador y nuestro Gobierno, precisamente por habernos negado a secundar los ambiciosos planes del Taryat respecto a la Tierra. No, no creo que nos importe ya que en la Tierra se conozca la existencia del marciano, ya que al emprender esta guerra hemos optado automáticamente por renunciar a toda acción violenta sobre los terrícolas. Pero ya que han de hablar de nosotros allá en su mundo, me gustaría que al menos lo hicieran con simpatía y pleno conocimiento de causa.

-¿Espera su alteza que les hagamos propaganda gratuita allá en la Tierra? -espetó la escritora desdeñosamente.

-Yo creo que un conocimiento mejor de parte del terrícola del carácter marciano, sería muy provechoso para nuestras respectivas razas. Tal vez, si nos conocieran mejor...

-Suponiendo que yo escriba alguna vez un libro sobre mis inolvidables experiencias marcianas, ¿cómo se figura que calificaría el secuestro de que fuimos víctimas? ¿Qué decir de esos millares de terrícolas que ustedes raptaron de la Tierra? ¿Cree su alteza que esos miles de desgraciados abonarán el testimonio nuestro sobre la bondad y la grandeza del corazón marciano, tanto si se trata del taryat como del creota?

Me quedé contemplando a la hermosa terrícola un largo minuto con el ceño fruncido.

-No sé lo que esos millares de prisioneros dirán de nosotros a su regreso

a la Tierra -contesté-. De cualquier forma, ustedes los terrícolas debieran comprender que el secuestro de varios centenares de sus coterráneos, fue una suerte para muchos millones de terrestres. Gracias a esos prisioneros, nosotros los marcianos pudimos estudiar su diversidad de lenguas, y por el lenguaje su literatura, su arte, sus costumbres, sus leyes y su Historia. Sí, puede que a usted le parezca cruel esa forma de secuestro organizado que hemos estado realizando durante tres siglos cuanto menos. Pero piense también que al marciano le hubiera sido más cómodo ignorar el cultivado espíritu del terrícola y, convenciéndose a sí mismo de que el terrícola era un salvaje primitivo, hallar justificación al allanamiento de morada del terrícola e invadir la Tierra arrogándose el título de civilizador.

Callé mirando a la señorita Haynes, la cual se mordisqueó rabiosamente el gordezuelo labio inferior antes de murmurar:

-Resulta difícil creer... que no nos hayan invadido por respeto... a la libertad humana. ¡Sí, es muy difícil de creer!

-Usted no lleva todavía veinticuatro horas en Marte, señorita Haynes. Si quiere saber lo que nuestros prisioneros terrícolas piensan de nosotros... ¿por qué no se lo pregunta a ellos?

-Lo haré en la primera oportunidad.

-Sí, hágalo -respondí-. Tal vez le sorprenda saber que, aun cautivos, la mayoría de esa gente ha sido completamente feliz entre nosotros... y un gran número de ellos probablemente, preferirá quedarse en Marte a regresar a la Tierra.

-¡Oh, eso sí que no puedo creerlo!

-Pues créalo usted, señorita Haynes, porque es la pura verdad. Considere que la inmensa mayoría de esos terrícolas no son millonarios como la señora Dilmeyer, y que todos ellos al volver a su patria tendrán que tomar algún empleo para poder sobrevivir en ese difícil mundo de ustedes. La perspectiva que desde aquí vemos del planeta Tierra es cautivadora por lo bella. Yo mismo me he sentido feliz por unas horas en aquel muelle ambiente de West Palm Beach de Florida disfrutando del sol, de la caricia del viento y el contacto con el agua del mar. Desgraciadamente, los terrícolas que regresen a su mundo no podrán continuar su existencia en ese grato ambiente que tanto nos gusta a todos. La fea realidad terrícola es que sólo unos pocos privilegiados disfrutan de todas esas cosas maravillosas, mientras la inmensa mayoría trabaja en sucios talleres y habita en sombrías habitaciones mal ventiladas, pasando hambre y fatigas que aquí en Marte no se conocen...

Sonreí ante la confusión que se pintaba en el bello rostro de nuestra escritora. Ella se volvió hacia Waksman, el cual dijo haciendo una mueca:

-Bien mirado, la existencia debiera resultar en extremo agradable en un mundo donde los trabajos más gravosos son enteramente realizados por las

máquinas. La noción idealizada que nosotros nos formamos del paraíso, puede ser realidad en un planeta donde el hombre puede dedicar todo su tiempo al cultivo de las artes, a la práctica de los deportes, o al estudio de los temas que más le agradan.

-Pues en lo que a mí toca, yo no cambiaría la mejor ciudad de Marte por mi quinta de California -dijo la señora Dilmeyer.

Albert Bloxmar distendió sus finos labios en una sonrisa irónica.

-Usted, señora Dilmeyer, es uno de esos seres privilegiados que en la Tierra lo tienen todo. Otros, en cambio...

Una horrísona detonación cortó bruscamente las palabras del científico norteamericano.

Nuestro carro, pese a su tamaño y su peso descomunales, fue levantado como una pluma por uno de sus costados. El piso tomó una inclinación de 45 grados, lanzándonos a todos contra la pared opuesta en confuso montón.

Hubo un momento en que realmente creí que íbamos a ser volcados. Luego, nuestra máquina volvió a caer con un crujido pavoroso e hizo un violento giro a la derecha...

Una granada atómica acababa de alcanzarnos bajo la oruga de nuestro carro acorazado.

* * *

La violenta deflagración nuclear había lanzado a *miss* Haynes entre mis brazos, de tal suerte que fuimos dando vueltas por el inclinado piso fuertemente estrechados hasta que el tabique de acero nos detuvo.

Al volver la máquina a la horizontalidad, yo estaba en un rincón con la espalda contra el tabique, sintiendo temblar entre mis brazos el tibio cuerpo de Perla Haynes. Ella escondía su rostro en mi hombro como buscando instintiva protección, y mis labios estaban sobre su frente mientras sus perfumados cabellos me rozaban la mejilla.

-¡Dios mío... Dios mío! -gimió. Y sus crispadas manos me clavaron las afiladas uñas en el brazo a través del tejido de mi traje.

Vi a nuestro piloto que volvía a su asiento para empuñar con firmeza las palancas de dirección. El carro dejó de describir círculos, y puesto seguía rodando supuse que nada grave había ocurrido.

-No tema, Perla -dije cerca del oído de la joven-. Al menos por esta vez hemos salido ilesos.

Ella levantó su pálido rostro clavando en mí una mirada de terror. Luego, sus ojos se serenaron. Movió sus temblorosos labios y se puso en pie sostenida por mí. Bruscamente se soltó de mis brazos y fue a dejarse caer en uno de los sillones.

Curio estaba ayudando a levantarse a la demudada señora Dilmeyer, en tanto que Bloxmar y Waksman lo hacían por sí mismos tentándose los

brazos y la cabeza.

Un rosario de estruendosas detonaciones estalló a nuestro alrededor.

Miré a las pantallas laterales. Estábamos bajo el fuego de los cañones enemigos. Sus granadas atómicas explotaban contra el suelo en vivísimos relámpagos de luz azul-verdosa, formando monstruosos globos de fuego que luego se elevaban lentamente disolviéndose en retorcidas nubes radiactivas.

La recia voz de Balah, general jefe de nuestra división acorazada, brotó del aparato de radio.

-¡Atención! Escuchen los comandantes de unidad. La columna acorazada enemiga que avanzaba por el oeste ha girado a la izquierda y viene sobre nosotros. A su vez, la columna enemiga del este ha doblado a la derecha y está desplegando frente a nosotros para cortarnos el paso. ¡Desplieguen en ala a la izquierda! ¡Aumenten la velocidad y zigzagueen cuanto puedan para eludir el fuego enemigo!

Corrí hacia el micrófono.

-¡Oiga, Balah! ¡Aquí el príncipe Yago! ¿Qué ocurre con la fuerza aérea? ¿Es que no puede contener a los carros del taryat?

-¡No, maldita sea! Mirad arriba y veréis. Nuestra IV Flota ya tiene bastante ahora con guardarse de la caza taryat que acaba de acudir en ayuda de sus acorazados.

Levanté los ojos hacia la gran pantalla circular del techo y vi.

Vi arriba, muy alto sobre las retorcidas setas radiactivas, un silencioso y enceguecedor crepitar de millares de pequeñas explosiones atómicas en donde nuestra fuerza aérea y la del enemigo se destruían mutuamente librando furioso y apocalíptico combate.

La reserva inicial del taryat en cuanto a emplear sus fuerzas aéreas de ataque, había sido alterada por alguna desconocida razón y ahora acudía a dar la cara a nuestra IV Flota.

Ordené a nuestro operador de radio que tratara de ponerme en contacto con la base aérea de nuestro Arsenal de Ursab.

Mientras esperaba la respuesta, los cañones taryitas nos sometían a un terrible bombardeo. Sus granadas atómicas, llegando desde 80 kilómetros de distancia, levantaban espectaculares cráteres de fuego, de polvo y de roca pulverizada, por entre los que serpenteaban nuestros acorazados haciendo tronar los monstruosos cañones de sus múltiples torres.

Dada la pequeñez de nuestro planeta, la curvatura del horizonte marciano es sensiblemente más acusada aquí que en la Tierra. A 80 kilómetros de distancia, ni los taryitas podían vernos a nosotros, ni nosotros les veíamos a ellos.

Incluso nuestro “radar” resultaba poco menos que ineficaz a esta distancia, debido a que las ondas del “radar” no se curvan o se curvan muy

poco. Pero unos y otros tirábamos al buen tuntún sobre las difusas manchas de nuestras pantallas de “radar”, confiando en la buena suerte que llevaría nuestros proyectiles nucleares sobre las máquinas enemigas.

Nada existe tan pavoroso en la guerra moderna como un combate cuerpo a cuerpo entre estos gigantescos mastodontes erizados de cañones. Y este encuentro iba a producirse irremediablemente entre nuestra columna y las columnas acorazadas del enemigo rojo.

Pasado apenas un minuto, la base de Ursab contestó a nuestra llamada. Me di a conocer, expuse al Almirante Jefe de la Flota nuestra situación, y le rogué viniera rápidamente en nuestro socorro.

-Estaremos ahí en cinco minutos -fue la respuesta del Almirante.

* * *

Para cuando la III Flota llegó, los carros taryitas aparecían surgiendo del tenebroso horizonte haciendo fuego con todos sus cañones.

La Flota sólo pudo emplear cinco minutos escasos en su ataque a los acorazados rojos, porque casi acababan de llegar nuestros platillos volantes cuando surgió del palio de foscas nubes radiactivas una fuerza aérea enemiga a la que nuestro Almirante hubo de hacer frente.

Con tan poco tiempo, sin embargo, nuestros aparatos habían logrado desarticular la gigantesca tenaza de acero con la cual amenazaban estrangularnos los acorazados rojos.

Durante cinco minutos por lo menos, nuestra superioridad aérea neutralizó la superioridad numérica que el enemigo tenía en el suelo. Nuestros aparatos, lanzándose en picado desde las alturas del espacio, dejaron caer sus proyectiles cohete de carga atómica sobre los carros taryitas, al mismo tiempo que nosotros cargábamos contra la muralla de acero que nos oponía el enemigo.

En medio de una confusión enorme, nuestra división acorazada pasó a través de la fuerza enemiga como las púas de un peine por entre las de otro peine.

Inútil será decir que la suerte jugaba el más importante de los factores en aquella apocalíptica batalla.

Entre las nubes radiactivas de las explosiones, las llamas, el polvo y el enceguecedor relámpago de las deflagraciones nucleares, era imposible ver a más de unos pasos de distancia.

Como dos escuadras navales que se encuentran en mitad de espesa niebla, nuestros carros y los del enemigo evolucionaban en medio de aquel caos guiándose por las imprecisas señales del “radar”.

Cargamos como un rebaño de monstruos prehistóricos mezclándonos en horrenda confusión con los carros enemigos, cruzando con éstos furiosos cañonazos a bocajarro. Pasamos a través de la tempestad de

explosiones nucleares y corrimos cuan velozmente pudimos en retirada hacia Ursab.

Los acorazados rojos, llegando un minuto tarde a la trampa vacía, oblicuaron al sur y emprendieron nuestra persecución a través de la ondulada estepa que llega hasta el pie de las montañas de Ursab.

Fue aquella la carrera más larga, más frenética y más angustiosa en la que yo haya tomado parte jamás.

Lanzados a 60 kilómetros por hora sobre el oscuro musgo de la estepa, nuestro carro zigzagueaba locamente por entre los aterradores globos de fuego, las llamas y los gigantescos surtidores de humo y de polvo que delante y a nuestro alrededor levantaban las granadas atómicas del enemigo.

Por supuesto, que al retirarnos a toda máquina, hacíamos jugar nuestros cañones hacia atrás, tendiendo a nuestra vez una densa cortina de fuego entre nosotros y los acorazados persecutores. Sin embargo, los acorazados enemigos seguían siéndonos muy superiores en número, y la retirada nuestra hubiera acabado en un desastre sin la llegada a tiempo de nuestra V Flota Sideral.

Al mismo tiempo que nuestra V Flota irrumpía en el espacio, los acorazados de guarnición en el Arsenal de Ursab salían apresuradamente de sus madrigueras subterráneas para acudir en nuestro socorro...

La batalla, modesta en sus comienzos, iba tomando un incremento que ni los mismos promotores de aquella guerra habían esperado.

Mientras el combate seguía todavía furiosamente a las puertas de Doab entre fuerzas de infantería “robot” de uno y otro bando, nuestros acorazados reñían encarnizada batalla 250 kilómetros al sur. Y en el espacio, millares de aparatos se acometían llegando en sus evoluciones y amplios círculos a muchos miles de kilómetros del lugar donde había comenzado el encuentro.

En el centro de aquella vorágine nos encontrábamos nosotros con nuestros acorazados atestados de evacuados; niños y heridos en su mayor parte, todo un doliente y lloriqueante cargamento, más valioso para nosotros que ningún otro... al cual no podíamos exponer a los riesgos de un encuentro cara a cara con el feroz y sanguinario persecutor.

Nosotros constituíamos a modo de un cebo sobre el cual venía el Taryat babeante de codicia, en tanto nuestros carros con base en Ursab y nuestros bravos astronautas de muchos otros aeródromos esparcidos por el casquete marciano, venían apresuradamente en nuestra ayuda.

En medio de aquella espantosa confusión, prevalecía no obstante un inteligente empeño: el de asegurarse la supremacía aérea.

Nosotros, con nuestros acorazados cargados de evacuados, no importábamos nada al enemigo en realidad. Ningún apreciable beneficio le

hubiera reportado destruirnos con carros y todo, aunque en principio fue esto precisamente lo que intentó hacer.

Pero al cabo de unas horas, la batalla se había remontado a fines tácticos de más envergadura que el simple aniquilamiento de un millar de carros acorazados cargados de heridos y de pequeños que lloraban llamando a sus madres. El futuro de nuestras respectivas razas se estaba jugando en aquella batalla, y la importancia de éste no estaba en el suelo, sino en cuanto ocurría en el espacio.

En efecto, si el Taryat conseguía la tan deseada supremacía en el espacio y nos derrotaba, sus propósitos de invadir la Tierra se realizarían puntualmente al no existir flota sideral capaz de oponérsele en el camino de sus conquistas.

Por el contrario, si el Taryat perdía aquella batalla aérea, se vería obligado también a renunciar a sus planes de conquista y a firmar con nosotros un humillante armisticio que acaso cortara para siempre las alas de su desmedida ambición de poder.

La batalla por el dominio del espacio exterior, en suma, era tan necesaria como obligada en este caso. Debió comenzar 50 horas más tarde con nuestra negativa a permitir su ataque a la Tierra. Pero las circunstancias hicieron que esta batalla de aniquilamiento se iniciara prematuramente... y esta premura había de sellar el fin de los tan acariciados sueños de nuestros enemigos.

El Taryat había cometido un tremendo error de cálculo, el cual consistió en medirnos por su propio rasero temperamental.

Creyó que su brutal ataque a Doab nos amedrentaría... que caeríamos en la confusión, la indecisión y el caos al perder súbita y de un solo golpe a nuestro emperador, nuestro Gobierno y nuestro Estado Mayor General...

Un error de tanto bulto jamás debió cometerlo el Taryat si alguna vez hubiera querido reconocernos una sola virtud. Eso sin embargo hubiera sido racionalizar el aborrecimiento que el Taryat nos profesa de milenios. Y el Taryat, en su odio, es irracional... intuitivo... apasionado...

La reacción de nuestro pueblo, en suma, fue contraria a la forma que el Taryat esperaba.

Si en un principio hubo confusión, esto estuvo dictado por el dolor. El creota reaccionó con un sentimiento de patriótica cólera. Unió en un solo bloque a belicistas y pacifistas. Arrebató al pueblo en un solo grito de indignación nacional. Soliviantó a nuestros más ecuánimes almirantes y generales, y puso en marcha los engranajes de nuestra pesada máquina de guerra en menos de una hora.

Cuando en nuestra dramática retirada nos cruzamos con la columna acorazada que llegaba de Ursab a nuestro socorro, la nación creota en peso estaba sobre las armas con el corazón entero y el decidido ánimo de

aplastar al maldito Taryat de una vez y para siempre...

CAPÍTULO IX

Mientras nuestro carro bajaba por el túnel hacia la base subterránea de acorazados, en Ursab, fuertes chorros de agua a presión lavaban nuestra máquina quitándole el polvo radiactivo acumulado a lo largo de aquellos 300 kilómetros de infierno bajo el fuego atómico del enemigo.

En la espaciosa gruta de la Base nos esperaban dos trenes hospitales junto con una enorme cantidad de ambulancias, automóviles y demás vehículos apropiados para el transporte de heridos.

También me aguardaba a mí un grupo de altos jefes del Ejército y la Armada, los cuales me saludaron con honores de emperador al apearme del acorazado. En aquel momento, *miss* Perla Haynes se encontraba junto a mí.

-¿Volveremos a vernos? -me preguntó la terrícola avanzando, desdeñosamente su rojo y gordezuelo labio inferior.

-No es muy probable -contesté un poco secamente.

-¿Pero cumplirá su promesa de devolvernos a la Tierra?

-Sí.

Saludé con una inclinación de cabeza a los desmadejados terrícolas y me reuní con la comisión militar que me esperaba.

Mi propósito, como ya es sabido, era trasladarme inmediatamente a Jan para reunirme con los altos jefes militares que allí había citado.

El almirante Iquito, comandante jefe del Arsenal, movió la cabeza negativamente.

-Sería una temeridad intentar ese viaje ahora, majestad. La batalla aérea se ha generalizado y nuestros aparatos combaten con los del enemigo en toda la redondez del planeta. Ni vos podéis ir a Jan, ni ninguno de los jefes que allí habéis citado podrán ir tampoco. Sin contar el riesgo de ese viaje, todos nuestros almirantes están demasiado ocupados ahora dirigiendo la batalla de aniquilamiento.

¡Batalla de aniquilamiento!

La Tierra no conoce todavía esta palabra terrible, con todo el terrible significado que tiene en Marte.

La Tierra, afortunadamente para los terrícolas, no ha tenido todavía una guerra de esta clase. Una guerra en donde los contendientes, igualadas sus fuerzas en perfecto equilibrio, libran una lucha sin cuartel, frenética, vertiginosa, destruyéndose por completo en el espacio y el suelo hasta quedar exhaustos, sin aliento, completamente aniquilados.

Rogué a mis leales súbditos que me aclararan la situación.

La situación, me contestaron ellos, era demasiado confusa para bosquejar un plano detallado. Una tras otra, en el breve intervalo de una hora, todas nuestras flotas siderales habían salido de sus bases para unirse a la batalla que se libraba en el espacio.

Tratándose de una batalla de aniquilamiento, en la que cada bando salía dispuesto a recibir tanto como pudiera dar, era superfluo hablar de tácticas ni de técnicas.

Simplemente, creíamos tener los mejores astronautas del orbe, y en ellos confiábamos principalmente para ganar el combate.

Técnicamente, nuestros aparatos eran tan buenos como los del enemigo; es decir, no podían ser mejores que lo que habíamos logrado hacerlos después de largos milenios de ensayos, estudios y experiencias.

Cuando dos bandos rivales se enfrentan con igual número de máquinas, ni superiores ni inferiores en calidad, con idénticas armas, idéntica estrategia e idéntica moral de vencedor en sus pilotos, la victoria puede ser decidida por un detalle tan insignificante como fortuito e imprevisible.

Imaginemos una partida de ajedrez en donde dos jugadores igualmente buenos poseen igual número de piezas de idéntico valor. Si los dos jugadores juegan bien, la partida finalizará forzosamente en tablas.

En cambio, la práctica demuestra que raras veces ocurre así.

En el transcurso de la partida, uno de los dos bandos cometerá un error. Acaso se deje ganar en posición por el rival. Y finalmente, un peón de más o una simple ventaja de posición, decidirá la partida.

Algo parecido estaba ocurriendo en aquellos momentos en el espacio alrededor de Marte.

En algún perdido rincón de ese espacio, no sabíamos en cuál, la victoria o la derrota podía estar decidiéndose en manos de un piloto inexperto o demasiado lento en sus reflejos. Si era nuestro ese piloto o era del bando contrario, eso tampoco lo sabíamos.

De aquella descomunal batalla, forzosamente, habría de salir el vencedor. Su victoria, ciertamente, sería por muy pocos puntos; acaso de un millar escaso de astronaves supervivientes por ninguna del adversario.

Pero un millar de astronaves, cuando el enemigo no tiene ninguna, es más definitivo que poseer 25.000 contra 24.000 del enemigo. La diferencia en ambos casos sería de un millar, pero el resultado es muy distinto.

Lo era sobre todo en estas circunstancias. Porque con sólo un millar de "platillos volantes", ciertamente, nosotros no podíamos aspirar a dominar al taryat. Sin embargo, sin una sola astronave, el taryat no podría aspirar ya a conquistar la Tierra.

Habiendo comprendido esto, el lector comprenderá también por qué en aquellas angustiosas horas, mientras el resultado de la batalla era todavía incierto, yo rogaba tanto por un final de tablas como por una victoria neta. Sabía que esa aplastante victoria jamás la podríamos conseguir sobre el taryat. Por lo tanto me conformaba con que ellos quedaran tan destruidos como nosotros.

En aquella angustiosa incertidumbre que me impedía dormir y ni

siquiera estarme quieto un instante, me ocurrió una cosa muy chocante.

Recién ascendido a emperador por un destino adverso a quien, antes que yo debía heredar el cetro de Yarthag, rodeado de jefes subalternos a quienes no conocía, yo me sentía en Ursab poco menos que extraño o forastero.

Sentía la necesidad de confiar en alguien mis dudas y temores, que alguien alentara mis esperanzas. Y entonces, por una curiosa coincidencia del destino, resultó que no tenía más amigos íntimos que el coronel Curio y aquellos cuatro terrestres que habíamos secuestrado ante las costas de Florida, allá en la remota Tierra.

Curio, como en Doab, había sido designado por mí para cuidar de la comodidad de aquéllos a quienes siempre consideré como huéspedes de nuestro imperio.

En vista de que el destino trabajaba por mí resolviendo a su manera la disputa que se libraba en el espacio, convencido de que nada podía hacer personalmente por mejorar o ayudar a nuestra suerte, me fui en busca de Curio y nuestros huéspedes los terrícolas.

Encontré a nuestros amigos confortablemente alojados en esa especie de hotel estatal donde todo el forastero que llega a una ciudad puede encontrar habitación y lecho. Estaban comiendo.

La perspicaz mirada del profesor Bloxmar se fijó en mi demacrado rostro.

-¿Es que andan mal las cosas, alteza? -me preguntó.

Les expliqué el estado de cosas, haciendo referencia al ejemplo de la partida de ajedrez que antes expuse.

Los terrícolas parecieron impresionarse. No se les ocultaba la importancia decisiva que aquella batalla podía tener para la Tierra, y en esto habían mejorado mucho en los pocos días que llevábamos juntos.

-¿Por qué no se sienta a comer con nosotros y trata de olvidar un poco sus preocupaciones? -sugirió Waksman-. Al fin y al cabo, somos los terrícolas quienes vamos a pasarlo mal si los taryitas ganan esta guerra. Cretia no dejará de existir aunque el taryat decida la contienda a su favor.

-Sí -repuse-. Eso es cierto. Aunque el taryat ganara esta batalla de aniquilamiento, la pequeña ventaja que obtuviera sobre nosotros no bastaría para destruirnos como nación. En cambio podría llevar a cabo impunemente la conquista de la Tierra y, ya en la Tierra, rearmarse tan fuertemente y tan rápidamente que nunca podríamos arrojarle de sus posiciones. La guerra entre nosotros tendría que continuar en el futuro teniendo por escenario los bellos paisajes de la Tierra... a menos que desistiéramos y abandonáramos la Tierra a sus manos.

-Pero pase lo que pase... ustedes no desistirán de prestarnos su ayuda, ¿verdad?

Miss Perla Haynes era quien acababa de hacer esta pregunta. Y el hecho de haber sido precisamente ella quien formulara esta pregunta en forma de angustiosa súplica, implicaba un cambio rotundo en su forma de pensar.

-Acaso sea llegada la hora en que el terrícola deba ayudarse a sí mismo, señorita Haynes -dije rehusando contestar a su pregunta.

-¿Cómo hacerle frente al poder destructor de las armas de los marcianos? -inquirió la escritora excitándose-. ¿Qué pueden hacer todas las escuadras de la Tierra frente a un solo millar de sus fantásticos “platillos volantes”? ¿Qué división acorazada nuestra puede hacer frente a uno solo de sus gigantescos e invulnerables carros de combate? ¿Qué cuerpo de ejército nuestro resistiría la acometida de esa alucinante infantería “robot”? ¡Ni siquiera podemos comparar nuestras tropas paracaidistas a esos soldados voladores suyos que van por donde quieren con sus trajes incombustibles e impenetrables a las balas!

-¡Oh, eso es bien cierto! -exclamé pesimistamente-. Con las migajas de ejército que le quedaran a un taryat victorioso aquí en Marte, él podría aniquilar todas las flotas navales y aéreas de la Tierra, barrer todos sus ejércitos y reducir a polvo sus ciudades. Sólo oponiendo iguales armas e idénticos medios podría la Tierra rechazar la invasión taryat.

Los ojos de *miss* Haynes, los de Waksman y Bloxmar, relumbraron al mismo tiempo.

-¿Quiere decir su alteza... insinúa quizás alguna posibilidad, siquiera sea remota, de que nos presten ustedes sus armas para que podarnos repeler la invasión taryat por nuestros propios medios? -inquirió Bloxmar entrecortadamente.

Vi la ansiedad en los ojos del terrícola y sacudí la cabeza.

-Sí -dije-. Aunque esa posibilidad es ciertamente demasiado remota. Marte no puede poner sus temibles armas en manos de un mundo dividido por las pasiones, tal como está actualmente la Tierra. Para que les confiáramos nuestros ingenios de destrucción en masa, la Tierra debería nivelar antes sus diferencias y ofrecernos la visión de un mundo bien avenido. ¿Creen que eso es posible?

Los terrícolas cambiaron una mirada entre sí.

-Francamente -murmuró el profesor Bloxmar-, el día en que eso ocurra parece todavía bastante lejano. Únicamente despertando en la Tierra la conciencia de un peligro común... tal vez. Sí, tal vez conociendo a Marte y las intenciones que una parte de Marte abriga respecto a la Tierra...

-En eso mismo pensaba yo -dije lentamente-. Hay una fuerza viva en el carácter ferozmente independiente del terrícola, y ésa es la única que bien encauzada podríamos aprovechar. Ante el peligro común, el terrícola puede llegar a olvidar sus rencillas mientras el peligro dure... Y el peligro marciano, según me temo, durará lo bastante para que la Tierra olvide por

completo sus diferencias y se instituya en un solo bloque capaz de realizar cosas que cada nación, por sí sola, no podría realizar jamás. ¿Están de acuerdo conmigo?

Ellos afirmaron rotundamente con la cabeza.

-Así pues -proseguí diciendo-; voy a depositar en ustedes mi entera confianza. Quiero que al regresar a la Tierra lleven consigo toda la documentación necesaria para difundir el pensamiento, la cultura, el carácter y el gobierno de los marcianos. Quiero que hablen ustedes de nosotros en periódicos, conferencias y radio. Que nos den a conocer. Y si esto fuera posible, que nos hagamos querer del desconfiado terrícola. ¿Lo harán?

De nuevo ellos afirmaron enérgicamente.

-No puedo prometer en este preciso instante que les daremos nuestras armas -añadí-. No puedo prometerlo sin permiso del Congreso Creota. Pero pueden confiar que se las daríamos frente al inminente peligro de invasión del taryat... siempre y cuando la Tierra haya demostrado antes un sincero deseo de enmendar sus yerros. Y para enmendar su desastrosa política, eso sí puedo prometerlo, les facilitaremos una eficaz y completa ayuda económica que resuelva de una vez para siempre el problema de la alimentación del terrestre.

-¿Máquinas como las de ustedes para fabricar alimentos por el sistema de fotosíntesis? -preguntó Waksman con pupilas brillantes.

Asentí con la cabeza.

La puerta de la habitación se abrió violentamente en este instante, y un coronel de las imperiales Fuerzas Sidéreas se precipitó en la estancia seguido de dos oficiales.

-¡Majestad! -exclamó ahogadamente-. He de comunicaros una noticia. ¡La Armada Imperial acaba de barrer total y completamente a la Armada de los Estados Unidos Taryat! ¡Hemos vencido!

-¡Alabado sea Dios! -murmuré roncamente dejándome caer en la silla que Waksman me ofreció antes y yo me negué a aceptar.

Eran las seis de la tarde y habían transcurrido exactamente 50 horas desde que el Presidente Upmon-Clane de los Estados Taryat nos arrojó su arrogante ultimátum.

Cincuenta horas habían bastado para hacer morder el polvo al orgulloso “hombre rojo” de Marte, el taryat...

He aquí los resultados de una guerra de aniquilamiento moderna.

EPÍLOGO

Vencido y desarmado el taryat, pasó todo un mes marciano muy atareado para mí, antes que volviera a ver a nuestros amigos.

Cuando finalmente el Congreso aprobó por una gran mayoría nuestro programa de ayuda técnico-económica al Tercer Planeta, mandé llamar a los terrícolas. Presentaban muy buen aspecto y parecían felices y contentos.

Los grandes ojos de Perla Haynes, en especial, relumbraban como estrellas al fijarse en los míos. Yo había pensado mucho en ella todos estos días, incluso hallándome en plena asamblea, en ocasiones que no debían ser las más oportunas para desviar mi atención hacia el recuerdo de una muchacha.

También yo me sentía contento aquel día. Pregunté a mis amigos si sabían que habíamos aprobado mi programa de ayuda a la Tierra.

-Sí, majestad -repuso Albert Bloxmar por todos-. Y podéis creernos que nos hace muy felices.

-Supongo que no lo serán solamente por eso. Van a regresar ustedes a la Tierra...

Bloxmar, Waksman, *mistress* Dilmeyer y *miss* Perla Haynes cruzaron una mirada entre sí.

Yo tenía sobre mi mesa un rollo de papel que cogí y mostré a los terrícolas.

-Éste -les dije- es el documento en donde, en nombre de mi gobierno y mi pueblo, me dirijo al presidente de la Organización de Naciones Unidas de la Tierra para que en mi nombre salude a cada una de las naciones miembros de su organismo. Marte, por mi conducto, invita a las naciones terrícolas a enviar sus embajadores a nuestro planeta, al mismo tiempo que solicita beneplácito para que nuestros embajadores sean recibidos en la Tierra. Profesor Bloxmar, ¿querrá usted encargarse por sí mismo de hacer llegar nuestro mensaje a manos del presidente terrícola de la O.N.U.?

-Bueno, yo... -balbuceó Bloxmar un poco confuso-. En verdad majestad que quisiera me dispensarais de este cometido, aun reconociendo el alto honor que me hacéis y pidiéndoos perdón por ello. Pero ocurre que no quiero regresar a la Tierra... y venía dispuesto a pediros permiso para continuar en Marte.

-¿No desea volver a la Tierra? -interrogué extrañado.

-No, majestad. Al menos por ahora.

-A lo mejor -dije sonriendo- ha descubierto aquí en Marte muchas cosas que atraen poderosamente su curiosidad científica.

-Así es, majestad.

-Bien -dije-. Puede quedarse en Marte si lo desea. Nada me complacerá tanto como seguir teniéndole como amigo. ¿Y usted, profesor Waksman?

-Yo me encuentro en un caso parecido, majestad -dijo Waksman inclinando la cabeza-. No soy otra cosa que un investigador, y hay aquí en Marte multitud de cosas que quisiera estudiar y comprender antes de volver a nuestro planeta.

-¡Bueno, bueno! -exclamé riendo-. Entonces encargaremos de esta misión a la señora Dilmeyer. Ella sí es seguro que desea volver a su patria. ¿No es cierto, señora Dilmeyer?

-¡Oh, no! -exclamó la millonaria sonrojándose hasta el nacimiento de su blanco escote-. ¿Quién ha dicho que quiera volver a la Tierra? Me encuentro perfectamente bien en Marte. Éste es un planeta maravilloso donde la gente es amable, simpática, y no vive preocupada por lo que hace el vecino. Me gusta Marte, y los marcianos también.

-¡Señora! -exclamé-. Me deja usted estupefacto. Marte no puede ofrecerle todas las cosas a que usted estaba acostumbrada allá en su mundo. No tenemos millonarios aquí, ni rendimos culto al dinero ni la posición social. El dinero no existe en este planeta, y todos los marcianos son iguales entre sí, sin discriminación de regiones ni empleo ni ideas. ¿Es eso lo que le gusta de Marte?

-Ciertamente, no -contestó la dama con franqueza-. Es bastante desagradable eso de que una no pueda tener criados para servirle, ni yate, ni una casa suntuosa que le haga a una sentirse por encima del resto de la humanidad. Pero todo eso, al parecer, también va a terminarse en la Tierra luego que ustedes los marcianos lleven allí sus fabulosas máquinas que fabrican alimentos por fotosíntesis. Parece pues que también la Tierra va a ponerse bastante incómoda para los millonarios... con la diferencia que allí no estamos preparados para un cambio social tan radical y repentino. ¿Quiere saber su majestad qué cosa me gusta más de Marte? Bueno, pues lo que más me gusta es su tiempo.

-¿Su tiempo, señora Dilmeyer? -inquirí inclinándome sobre la mesa mientras los ojos de *miss* Haynes relampagueaban y Bloxmar y Waksman hacían esfuerzos para aguantar su risa-. ¿No se referirá a su climatología, verdad?

-Solamente a su tiempo, majestad -repuso *mistress* Dilmeyer con acento grave. Y sacudió su dedito índice ante mi rostro-. ¡Cómo nos ha engañado usted, pillín! ¿De manera que su majestad sólo tiene veinticinco años?

-Ésos son los años que tengo -hube de responder.

-Sí. Su majestad tiene veinticinco años marcianos... ¡que son casi cincuenta años de la Tierra!

-¡Oh! -exclamé comprendiendo de súbito. Y me eché a reír de buena gana-. ¡Oh! No había caído en ello.

-Esto es sorprendente -prosiguió la señora Dilmeyer-. He conocido estos días a multitud de personas que sobrellevan muy bien sus ciento

cincuenta años... ¡Ciento cincuenta años, señor... que son como trescientos años de la Tierra!

-Sí -dije riendo-. Aquí en Marte es frecuentísimo que un hombre o una mujer viva cerca de doscientos años... marcianos, por supuesto.

-Bueno -dijo la millonaria-. Sólo por esa condición, vale la pena quedarse en Marte y llegar a vieja... ¡muy vieja! sin que a una se le llene de arrugas el rostro ni tenga que pasar por todos esos fastidiosos achaques que sufrimos los viejos de la Tierra.

-Usted no es vieja, señora Dilmeyer.

-¡Oh, tengo ya mis cuarenta y pico de años... terrestres, claro! Majestad. ¿Si me quedo en Marte podré llegar a tener trescientos años de la Tierra y conservar mi apariencia de ahora?

-Seguramente. El mayor alargamiento de la vida en Marte no tiene más misterio que una adecuada alimentación y cierto cómodo tratamiento a base de regenerar las células.

-Entonces me quedo en Marte... con permiso de su majestad... ¡para siempre! ¿Puedo hacerlo?

-Por supuesto que sí. -Me volví a mirar a la señorita Haynes-. ¿Y usted, *miss* Haynes? ¿Quiere quedarse también entre nosotros para poder conservar su juventud y su belleza?

-No sabía que a su majestad le pareciera bella -contestó la escritora. Y una ola de rubor le subió hasta la raíz de los cabellos mientras balbuceaba-: Sí, también... me gustaría quedarme. Me gustaría escribir... un libro. Un libro sobre los marcianos, sobre su milenaria civilización... em... ¡bueno, de todo!

-Entonces -dije sintiendo a modo de un rayo de alegría pasando a través de mi corazón- tendremos que buscar a otro para que se encargue de llevar mi mensaje de saludo, a las Naciones Unidas de la Tierra. Nos veremos a la hora de comer... si ustedes se dignan aceptar mi invitación a comer conmigo.

Los terrícolas se retiraron hacia la hermosísima puerta de la estancia donde yo los había recibido.

-Señorita Haynes -dije de repente-. ¿Me permite un minuto?

La muchacha se detuvo en tanto que sus amigos salían cerrando la puerta.

-Señorita Haynes -dije rodeando la mesa para acercarme a ella a través de la habitación-. ¿De veras no supo usted nunca que a mí me pareciera bonita?

-Por favor -murmuró ella poniendo su mano sobre el tirador de la puerta-. No estropee la buena opinión que he llegado a formar de su majestad sosteniendo conmigo esta conversación banal. Un emperador de Marte no puede hablar y comportarse como un chico de sexto año de

bachiller de una universidad cualquiera de la Tierra.

-¿Por qué no? Quizás en el fondo no haya mucha diferencia entre un universitario terrestre y un joven emperador de Marte. El lenguaje del amor es universal... igual en todas las partes del mundo y en todos los mundos del Universo. ¿Acaso podría emplear yo otra palabra diferente para decirle que la amo, Perla?

Perla Haynes, arrinconada contra la maciza puerta, levantó hasta mí sus asustados ojos. Estaba pálida, y sus labios temblaban como los de una niña que va a echarse a llorar.

-No sé... ni creo que saberlo importe mucho. Al fin y al cabo... usted... su majestad... no está enamorado... de mí -balbuceó ella. Y como yo siguiera mirándola mudo y gravemente agregó-: ¿Verdad?

-¿Cómo lo has sabido? -pregunté apoyando mis manos en la puerta, de tal manera que ella quedaba encerrada en el cerco de mis brazos.

-¿El... qué?

-Que te amo.

-¡Oh! -Perla Haynes intentó escapar del cerco de mis brazos, pero yo la atrapé a tiempo y la estreché con fuerza contra mi corazón.

-Perla -murmuré roncamente-. ¿Por qué crees que te saqué a bailar aquella noche en West Palm Beach? ¿Sabes que me enamoré de ti en aquel instante... y no he dejado de amarte desde entonces?

-Yago... por favor -suplicó ella-. Estamos diciendo... tonterías. Yo no puedo casarme contigo... Es decir; supongo que habrá alguna clase de impedimento para que una chica de la Tierra y un emperador de Marte se quieran y...

-No hay ningún impedimento, Perla... excepto aquél que tú quieras oponer. ¿Quieres ser mi mujer?

-¡Oh, oh! -gimió la pobre cubriéndose el rostro con las trémulas y marfileñas manos-. ¡Esto no es verdad... debo de estar soñando... no me he movido de la Tierra... ni he conocido nunca a un marciano... ni estoy enamorada de él! ¡Sé que estoy soñando un sueño fantástico e irreal! ¡Y tengo que despertar!

La estreché con más fuerza contra mí, le separé las manos del rostro y la besé en los rojos y temblorosos labios.

Aun hoy día, la emperatriz consorte de Cretia sigue creyendo que vive en el mundo irreal de una de sus novelas fantásticas y va a despertar en cualquier momento en su apartamento de la Quinta Avenida de Nueva York... allá en la remota Tierra.

FIN

Notas

[←1]

Phobos, satélite de Marte, el primero en orden de proximidad al planeta. Tarda 7 horas y media en dar la vuelta a Marte.

1144

¿Hace falta presentar a un autor que es maestro en los relatos de fantasía científica?

JOE BENNETT

Se ha superado a sí mismo volcando el inagotable caudal de su prodigiosa imaginación y AHORA le ofrecemos una novela tan crispante y frenética como una descarga eléctrica. ¡Déjese electrizar, amigo!

EL DOBLE FATAL

Una historia ficticia... «pero que puede ser cierta algún día lejano». ¡Este es el triunfo oculto de la ciencia-ficción! Objetos iguales, cosas exactas... ¡HOMBRES GEMELOS DE CUERPO Y DISTINTOS DE MENTE!

EL DOBLE FATAL

Usted, lector, gozará con la narración más asombrosa de un género inquietante. ¡El porvenir llega a sus manos para transportarle al reino de la irrealidad que en el próximo futuro tal vez sea «realizable»! No olvide el título. Lo publicará próximamente la colección de los éxitos

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

*Precio: **6** pesetas.*